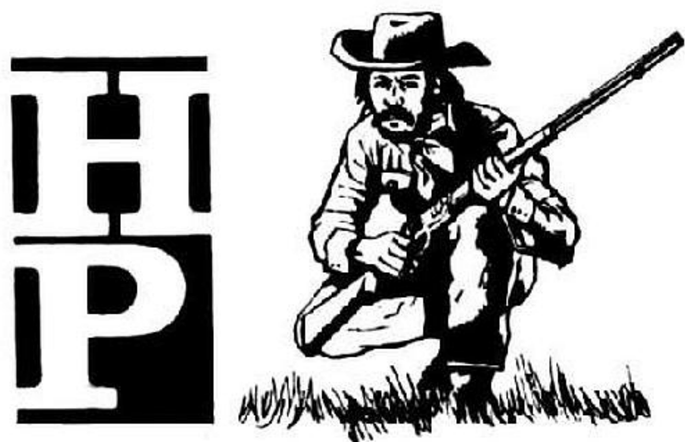


BOLSILIBROS
BRUGUERA

LOS CABALLEROS DEL CIRCULO DE ORO

Silver Kane



HEROES DE LA PRADERA





Silver Kane

LOS CABALLEROS DEL CIRCULO DE ORO

Colección
HEROES DE LA PRADERA n.º 607
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

EL DIA MAS INFERNAL

KEITH LUGER

Colección HEROES DE LA PRADERA n.º 638
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGERA S. A.
BARCELONA- BOGOTA- BUENOS AIRES - CARACAS - MEXIXO

3.ª edición en esta colección en España: marzo, 1982

Concedidos derechos exclusivos a favor de
Editorial Brugera, S.A.
Camps y Fabrés, 5. 06006 Barcelona (España)

Impreso en España Print in Spain

ISBN 84-02-02524-2

Depósito Legal B 334-1982

Impreso en los Talleres Gráficos de
Editorial Bruguera, S. A.
Carretera Nacional 152 km 21,650.
Parets del Vallés (Barcelona) 1955

ISBN 84-02-02524-2
Depósito legal: B. 20.666-1981

Impreso en España - Printed in Spain

2.a edición: agosto, 1981

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Valles (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1981

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE SERIE ROJA:
1.319. — El sheriff y las viejecitas.
En Colección SERVICIO SECRETO:
1.524. — Asesino a precio fijo.
En Colección SALVAJE TEXAS:
736. — Infierno: capital, Dodge City.
En Colección KANSAS:
665. — Un buitre llamado Cox.
En Colección BUFALO SERIE ROJA:
1.014. — Demasiadas faldas en Wichita.
En Colección ASES DEL OESTE:
502. — Ni más ni menos que un hombre.
En Colección COLORADO:
637. — Jinetes de medianoche.
En Colección CALIFORNIA:
751. — Todos esperaban la muerte.
En Colección PUNTO ROJO:
947. — Una tumba en Manhattan.
En Colección HEROES DE LA PRADERA:
605. — Murieron cuatro gatos.
En Colección BISONTE SERIE AZUL:
15. — Un Colt, una mujer y un diablo.
En Colección BRAVO OESTE:
1.075. — Pistoleros para una fosa.

He de manifestar al lector que, aunque bastantes personajes de esta novela son imaginarios, otros existieron realmente y aparecen con sus nombres auténticos. Los Caballeros del Círculo de Oro existieron verdaderamente en los Estados Unidos y llegaron a tener un amplio poder, tanto que en su nombre se organizaron campañas políticas y se pusieron en peligro las relaciones con los países de Sudamérica. También contribuyeron a despertar en gran medida el apetito que desde entonces sintieron los yanquis por la posesión de la isla de Cuba.

Los Caballeros del Círculo de Oro eran políticos importantes, banqueros, intelectuales fanatizados y, sobre todo, tratantes de esclavos. Para sus fines hubieron de servirse de aventureros sin escrúpulos, arribistas y asesinos como los que aparecen en las páginas de esta historia.

Para los datos de la misma me he basado en los propios textos de Edward A. Pollard y George Fitzhugh, *Black Diamonds Gathered in Darkey Homes of the South* y *Sociology of the South*, así como en el libro de Du Bois. *The Sunression of the Slave Trader* y el de Spears. *The American Slave Trade.*

Quiero agradecer también públicamente las facilidades que se me dieron en los archivos del *New York Times* para conseguir los datos que me eran necesarios para escribir esta historia, y gran parte de los cuales habían sido publicados en los periódicos de la época.

SILVER KANE.

CAPÍTULO PRIMERO

BUSCA, PERRO, BUSCA

Sí, amigos, ésta es una historia en gran parte auténtica, aunque en algunos momentos pueda parecer increíble. Como increíble podía parecer el hombre que se metió hasta las orejas en ella y que llegó hasta el final. El muy honorable, respetable y cien veces maldito Bart Kennedy, al que al menos doscientas personas querían matar sin dejarle tiempo ni para dictar testamento.

En el momento en que encontramos a Bart Kennedy, éste se hallaba en el mejor saloon de Texas, el Jack Diamond, teniendo en una mano una botella de champán y en la otra una copa que se disponía a llenar con gestos exquisitos.

Porque hay que ser bien educado.

En todo.

Y Bart Kennedy era lo que se dice un caballero.

En todo.

Miró a la dama que tenía delante, una refulgente señora de la buena sociedad, y le sonrió.

—¿Una copa, *madame*?

—Como usted quiera, señor Kissner.

Claro está que Bart Kennedy no se llamaba Kissner.

Porque el muy bestia no estaba allí con su verdadero nombre.

Aquella noche no había nada verdadero en él, excepto los ojos de mala uva que tenía.

Llenó la copa y dijo:

—Pues a su salud, *madame*.

Y arrojó a la cara de la mujer todo el contenido de la copa.

Ésta gritó:

—¡Condenado perro…!

Y se pusieron en movimiento.

Aunque iban muy bien vestidos, eran auténticos *catchers*. Eran torres humanas. Vinieron al encuentro de Bart Kennedy como cinco trenes que se hubieran puesto de acuerdo para chocar en el mismo punto.

Bart Kennedy hizo algo así como de guarda agujas.

Tenía aún en la mano la botella de champán.

E invitó a beber gratis.

El tipo que llegó primero se llevó toda la ración.

Ya tiene razón la gente cuando dice que el alcohol sienta mal.

A aquel tipo le sentó pésimamente. Se le «subió» a la cabeza en seguida.

La botella se le hizo polvo en el coco.

Y el coco del pobre fulano se hizo polvo encima de sus hombros.

Bart Kennedy supo que acababa de matar a un hombre, pero no se inmutó. Estaba seguro de que también querrían matarle a él.

Le quedaba la copa.

Y una copa puede ser un arma muy peligrosa si se la hace estallar en la cara de un hombre.

Bart Kennedy fue muy amable.

Siempre lo era.

Y puso materialmente la copa en los labios del tipo que venía a continuación.

—Beba, amigo.

El tipo bebió su propia sangre.

La cara se le había convertido de repente en una máscara roja.

También quedó fuera de combate, al menos de momento, mientras enviaba toda clase de afectuosos saludos a la mamá de Bart Kennedy.

Pero quedaban otros tres fulanos, y los tres ya estaban encima con cuchillos preparados. Nada de puños. Cuchillos así de largos. Pensaban convertir la elegante sala del Jack Diamond en la antesala de una tocinería.

Claro que Bart Kennedy no se sorprendió.

Ya esperaba algo así.

Cuando le encargaron aquella misión le habían dicho:

«Tú, paciencia, muchacho. Mucha paciencia, aunque te pinchen un poquito. Y sobre todo educación, mucha educación…».

Bart Kennedy la tuvo.

Como por ejemplo cuando agarró a aquella mujer que al menos pesaba cien quilos y la levantó sobre su cabeza mientras decía:

—Perdón, señora. A sus pies, señora.

Lo de los pies fue más o menos verdad. Porque aquella especie de torre humana chocó contra los tobillos del más cercano de los tres macheteros.

Éste lanzó un aullido.

Perdió el equilibrio y clavó la hoja de acero hasta las cachas en una de las mesas.

Bart Kennedy recordó el otro consejo que le habían dado:

«Tú tienes que pensar que eres un caballero…».

Y por eso Bart Kennedy dio un tremendo salto, montando a caballo sobre la espalda de su enemigo caído.

Ese inesperado gesto le permitió mover los pies con mucha libertad.

Y clavó un terrible punterazo en el bajo vientre del enemigo que tenía más cercano, haciéndole pegar tal brinco que dio la sensación por unos momentos de que aquel tipo quería ponerse a arreglar las lámparas.

Pero el último ya estaba encima.

Bart Kennedy vio rebrillar el acero ante sus ojos.

Movió el cuello en la última fracción de segundo y eso le permitió esquivar la mortal cuchillada. Realmente no fue casualidad, sino entrenamiento y cálculo. Porque Bart Kennedy, desde su más tierna infancia, desde que su padre le perseguía con una estaca por las calles de Memphis, había estado entrenándose para misiones suicidas. Para esas misiones tan di vertidas de «Descansa en paz, chico…».

El cuchillo rasgó el aire.

Y el que había querido convertir a Bart en un cochinillo degollado, casi saltó a causa del impulso que llevaba.

Bart le sujetó por la muñeca.

Tiró de ella.

Hizo un quiebro.

Sonó un «¡Aaaaaay!».

Y un «¡Tu madre!».

Y un «¡La tuya!».

El individuo fue a estrellarse contra una de las paredes, que por poco se cuartea a causa del terrible impacto.

Pero los otros reaccionaban.

Se lanzaron de nuevo al asalto de aquella especie de fortaleza roqueña que era Bart Kennedy.

Éste saltó sobre una mesa.

Parte de la clientela gritaba de miedo y de placer al mismo tiempo.

Llevaban años sin ver una pelea así.

El gorila que acababa de estrellarse contra la pared había tenido que soltar el cuchillo muy en contra suya. Porque él quería el cuchillo tanto como si fuese la cintura de su primita.

Bart Kennedy también lo quería.

Lo sujetó con cariño.

Y de pronto lo soltó como si quemase.

El cuchillo dibujó en el aire una especie de rayo de luz. Y se oyó un crujido cuando se hundió en la garganta del hombre que venía hacía Bart.

Con el cuchillo clavado en el cuello, el gorila giró sobre sí mismo.

Era un espectáculo alucinante.

Algunas damiselas chillaron de horror.

Y Bart Kennedy comprendió que ahora hablarían los revólveres, de modo que saltó hacia las escaleras alfombradas de rojo. Lo hizo a tiempo, porque efectivamente en aquel instante ladraba un Colt.

La bala hubiera atravesado a Bart Kennedy caso de estar se éste quieto.

El joven también sacó el Colt.

Porque hay que aclarar que Bart Kennedy era joven.

Y moriría joven.

Pero antes pensaba llevarse por delante a media población de los Estados Unidos.

Porque, eso sí: Bart Kennedy era buen chico.

Amaba a todo el mundo, en especial a las señoras.

Claro que a veces se enfadaba, como por ejemplo cuando clavó la bala entre las cejas de aquel tipo que ya le estaba apuntando.

Luego dio otro salto y siguió subiendo las escaleras, porque de lo contrario la alfombra se iba a convertir en su mortaja.

Llegó al piso superior.

Allí le esperaba una especie de comité de recepción.

Dos tipos la mar de amables.

Uno de ellos le preguntó:

—¿Ya sabes cómo se llamaba tu papá, chato?

Y alzó la escopeta de dos cañones con que estaba armado.

Una escopeta cargada con postas.

Capaz de llevarse por delante toda una pared del saloon.

Bart Kennedy se lanzó a tierra con tanta rapidez que ni él mismo pudo creerlo en el primer momento.

Era la desesperación la que la empujaba.

Sabía que se había metido en la boca del lobo y que sólo de su rapidez dependía el que pudiera salir vivo de allí.

La metralla pasó a un palmo por encima de su cuerpo.

Fue a estrellarse contra una pared donde había un gran cartel enmarcado que decía: «La paz reine en esta casa».

Cinco segundos después, el tipo de la escopeta ya no sabía lo que le estaba ocurriendo. Notó que sus piernas vacilaban y rodó escaleras abajo. No tuvo tiempo ni para darse cuenta de que Bart Kennedy le había golpeado detrás de las rodillas. Dio dos vueltas de campana y se estrelló contra una especie de dama-ballena que estaba gritando abajo: «¡Un hombre! ¡A ver! ¡Que venga un hombre a sacarme de aquíiii…!».

Los dos salieron despedidos por la ventana más próxima.

El saloon Jack Diamond, el más lujoso de Texas y todo eso que usted sabe, se estaba desencuadernando.

Parecía como si lo estuviera sacudiendo un terremoto.

Pero para Bart Kennedy la cosa no estaba haciendo más que empezar. Necesitaba llegar como fuese hasta la parte posterior del saloon, y la presencia de los dos pajarracos allí, tratando de cortarle el paso, le indicaba que estaba en el buen camino.

Como ya se sabe, el primer pajarraco, el de la escopeta, acababa de caer, comprobando de paso la solidez, de la escalera.

Pero quedaba el segundo.

El segundo tenía un Colt y lo había sacado con un movimiento centelleante. En apariencia todas las ventajas estaban de su parte,

porque Bart Kennedy se hallaba en tierra, y poco podía hacer.
Excepto disparar él también.
Porque Bart Kennedy tenía el Colt en la mano derecha.
Gritó:
—¡Ahora me acuerdo! ¡Mi padre fue un vecino del marido de mi madre, que se llamaba Jimmy!
Y apretó el gatillo.
Fue más rápido que su enemigo, el cual era un matón acostumbrado a liquidar hombres indefensos. Nunca se había encontrado con una verdadera bestia como Bart Kennedy. Le pareció de pronto que todo el mundo se teñía de rojo, y lanzó un grito gutural.
También rodó escaleras abajo.
Pero éste no encontró ninguna dama que le acogiera en sus brazos.
Éste sólo encontró a una multitud vociferante, que aullaba de terror.
Por el momento, Bart Kennedy tenía el camino libre. Comprendió que no podía perder ni un segundo.
El era como un perro de caza.
Le habían dicho: «Busca, perro, busca». Y si perdía su oportunidad ya no encontraría nada.
Fue hasta la parte posterior del saloon.
Allí estaban los reservados, las salas de juego privadas y los bares *members only*, es decir sólo para socios muy distinguidos.
Había cuadros galantes colgados de las paredes, había camareras finas y puertas acolchadas con terciopelo rojo.
Bart Kennedy se lanzó hacia la última de todas.
Sólo le faltaba atacar a son de trompetas.
¡Décimo de caballería, a la carga!
El estruendo hizo temblar todo el pasillo.
La puerta acolchada de rojo por poco se parte en dos.
Detrás había una chica.
¡Qué chica!
Tenía de todo lo que usted pueda soñar, más unos cuantos pluses. Tenía unas piernas así, unas caderas así y unas delanteras a… a… a…
¡así!

Bart Kennedy se quedó boquiabierto.

El había atacado como si fuera todo el décimo de caballería en bloque.

Sólo le faltaba la corneta.

Y de pronto se quedó sin corneta ni nada.

Sólo con unas ganas enormes de hacer «Chup, chup» con los labios de aquella muñeca.

Ella gritó:

—¡Salvajote!

Y él gritó:

—¡Salvajota!

Como los dos estaban tan de acuerdo, se encontraron de repente uno en brazos del otro. Pero no para besarse, sino para sacudirse de lo lindo. La chica era de armas tomar. Le debían haber dicho que nadie pasara por allí si no era por encima de su cadáver.

Y por encima de su cadáver no quería pasar nadie.

Valía la pena conservarla viva.

La «delicada muñeca» largó un rodillazo al bajo vientre de Kennedy que por poco lo deja convertido en uno de esos tiernos mancebos de «Aaaay, no me toqueeees»…

Menos mal que Bart Kennedy no iba por ahí.

Pudo apartarse a tiempo.

La deliciosa rodilla le pasó rozando, y él la sujetó. Lo hizo con tal entusiasmo que la chica tuvo sobrados motivos para pedirle que le comprara un par de medias nuevas. Por que se oyó un «raaas» de sedas mientras la muñequita volaba por los aires.

La muñequita se estrelló contra la pared.

Dijo no sé qué del papá de Bart Kennedy.

Y Bart Kennedy se acordó de que su papá no se llamaba Jimmy.

Seguramente se llamaba Johnny.

Sujetó a la muñequita cuando ella caía y le largó un guantazo en mitad de la cara.

Hay que ver lo bestias que se ponen a veces los tíos como Bart Kennedy.

Ella se volvió a acordar del papá del joven, de su mamá y hasta de una prima segunda que él tenía en Tennessee.

Pero rodó por el suelo y quedó quieta porque ya no quena recibir más. Lo único que hizo fue sacar de una funda, adosada a

una de sus ligas, un pequeñísimo Colt de una sola bala.

Dicen que no es bueno mirar las piernas de las chicas. Y seguramente así es. Pero si Bart Kennedy llega a estar mirando a otro sitio, se la carga.

Por suerte para él, estaba mirando como un obsesionado las piernas de aquella muñeca.

Pensó:

«¡Qué medias!».

«¡Qué ligas!».

«¿Qué lleva ahí?».

«¡Cuerno!».

«¡Un Colt!».

Todo esto lo pensó por riguroso turno, como puede usted comprender fácilmente. Y a partir del instante en que pensó: «¡Un Colt!», le faltó tiempo para dar un tremendo salto.

Poco le faltó para limpiar con la lengua el techo.

Pero al menos consiguió lo que quería. La bala que debía haberle matado sólo le rozó.

La chica gritó:

—¡Tío cerdo!

Y él contestó:

—¡Tía buena…!

Claro que sus gestos fueron menos delicados aún que sus palabras. Pisó salvajemente la muñeca derecha de la muchacha.

Éste lanzó un grito de dolor mientras soltaba el arma, que por otra parte le servía ya de bien poco.

Pero no era eso lo que quería Bart Kennedy.

Bueno, Bart Kennedy quería muchas cosas.

Pero no las podía hacer allí.

De modo que se limitó a preguntar:

—¿Dónde?

—¿Dónde qué…?

—¡Tú lo sabes, puerca!

Ella gimió, tratando de resistirse.

Bart Kennedy le pegó un puntapié en la cara.

Pero no demasiado fuerte.

Ya lo habrán notado ustedes: Bart Kennedy era todo un caballero. Tratar con él daba gusto. Se desvivía por servir a las

damas.

Y ésta se consideró «servida». Consideró que ya tenía bastante por aquella noche.

—Allí —dijo.

Señalaba con el mentón una puerta también tapizada en terciopelo rojo.

Bart Kennedy se lanzó en plancha.

¡Tatarí! ¡Tatataríiiiii…!

¡Décimo de caballería, adelante!

¡A la cargaaaaa…!

¡Blaaaam!

Bart Kennedy por poco se deja allí los huesos. Y la puerta ni siquiera se enteró.

El joven miró a la chica.

—¿Por qué no me has dicho que ésta era de hierro?

—¡Tú no me lo has preguntado!

—¡Tampoco te he preguntado por mi mamá, y tú te estás acordando de ella desde hace media hora!

—Eso es distinto. Pero a lo bestia no podrás abrir esa puerta.

—¿Dónde está la llave?

Ella se señaló en silencio las piernas.

A Bart Kennedy se le iluminaron los ojos.

Pero Bart Kennedy tenía prisa.

Le bastó con la llave. Después de maldecir una docena de veces la urgencia de aquel asunto, se apoderó de la llave y abrió la puerta.

Ésta daba a unas escaleras muy empinadas que subían a una especie de buhardilla. El intenso perfume, un perfume demasiado fuerte, casi mareante, irritó a Bart Kennedy. Ahora estaba seguro de haber llegado a la meta.

A aquellas chicas las perfumaban demasiado.

¿Quizá porque hay muchachas negras cuyas pieles huelen un poco?

¿Quizá porque algunas de ellas aún conservaban el olor de la esclavitud?

Bart Kennedy ascendió aquellos breves peldaños y se encontró en una gran sala con divanes amarillos. Las chicas resaltaban mucho más allí. Las chicas estaban aterrorizadas, sin saber aún a qué sitio las habían traído.

Bart Kennedy era un experto en señoritas.

Incluso en señoritas de color.

Por eso adivinó que las que tenía delante procedían de Dahomey y de Nigeria, donde los reyezuelos locales las vendían a buen precio. Eran altas y opulentas. Eran mujeres que a los diecisiete años habían alcanzado toda su plenitud.

Pero estaban aterrorizadas.

Eran víctimas del trato más cruel que durante toda la historia se ha podido infligir a unos seres humanos.

Bart Kennedy abrió con la misma llave los postigos de hierro de una ventana, postigos que estaban agujereados para dejar pasar el aire. Una brusca ráfaga de viento entró cuando el hueco quedó completamente libre.

Bart Kennedy gritó:

—¡Saltad! ¡Saltad, condenadas!

Lo gritó en inglés, por lo que ninguna de aquellas muchachas le entendió en el primer momento. Y el joven comprendió que no tenía un segundo que perder, por lo que decidió pasar a la acción inmediata.

Sujetó a una de las chicas, que llevaba un hermoso vestido amarillo limón.

Y la lanzó por la ventana.

Entonces las otras le entendieron.

Todo fue una verdadera tormenta de piernas torneadas y de caderas opulentas que por poco aplastan a Bart Kennedy.

Y como éste ya estaba bastante fastidiado y bastante molido, no pudo hacer honores a la avalancha que se le venía encima. En otras circunstancias, quizá hubiera ayudado a saltar a todas aquellas chicas. Que si sujeta por aquí, que si sujeta por allá. Pero como todo el edificio se había llenado de gritos y de improperios, señal de que venían a por él, Bart Kennedy hubo de decidirse a saltar.

Cayó entre las muchachas.

Buen aterrizaje.

Lástima que no le quedase tiempo de apoyarse en alguna de ellas para levantarse mejor.

Echó a correr y se perdió entre las sombras.

Ahora ya había averiguado lo que quería.

Seguro que Julius Macomby, el juez de la demarcación, iba a

felicitarle…

CAPÍTULO II

CABEZAS EN EL RIO

—¡Bestia! ¡Borrica! ¡Animal! ¡Salvaje!

El juez de la demarcación estaba felicitando a Bart Kennedy.

—¡So mula! ¡So asesino! ¡So embalsamador de cadáveres! Julius Macomby se iba entusiasmando.

Y al final gritó:

—¡So hijo de perra!

Bart Kennedy preparó el puño derecho.

¡Décimo de caballería, a la carga!

Ya veía la mandíbula del juez convertida en harina fosfatada para hacer papillas a los niños.

Pero el secretario, que estaba muy cerca, barbotó:

—Por favor, no lo haga.

Bart Kennedy se detuvo.

De mala gana.

Le hubiera gustado saber si los dientes del juez le salían por las orejas al primer impacto o si necesitaba dos para empezar a ponerse en forma.

Julius Macomby también se dio cuenta.

Se sujetó la barbilla, no fuera que el otro aún le atizase.

Y susurró:

—Perdone, Bart. Ya sabe que le quiero como a un hijo.

—Gracias, papá. Y la próxima vez que me digan que mi padre fue un buitre ya no me quejaré.

—Cuando el Gobierno le envió para cumplir esta misión, yo creí que era usted un hombre de confianza.

—Y lo soy. Sólo me he fugado dos veces con los fondos privados del Tesoro de los Estados Unidos.

—Y las dos veces le condenaron y le soltaron luego para confiarle misiones suicidas. Me habían dicho que era el federal más bestia que corría por el país, pero no creí que lo fuera tanto.

—No hay motivo para llamarme bestia. Total, sólo hice polvo el Jack Diamond. Pero me han asegurado que, con un poco de suerte, los desperfectos estarán arreglados en un par de semanas.

—Y mató a no sé cuántos hombres.

—No muchos. Tres o cuatro.

—¿Es que le parecen pocos, so bestia?

—Claro que sí. Cuando me meto en un lío de verdad, yo no salgo por menos de media docena.

El juez estaba sencillamente aterrorizado.

Era como si en su despacho hubieran metido un tigre.

Miró a Bart Kennedy con ojos incrédulos.

—Oiga, ¿qué clase de asesino es usted? —barbotó.

Bart Kennedy chascó dos dedos.

—¿De qué se queja? Usted pidió al Gobierno un hombre decidido y que fuera capaz de realizar una misión difícil. El Gobierno va y piensa: «¿Dónde encontraremos un cafre semejante?». Entonces a alguien se le ocurre mirar en las listas de las cárceles, porque usted ha dicho que seguramente será una misión sin retorno. Y en las listas de las cárceles me encuentran a mí. Me proponen dejarme suelto y olvidar mi último desfalco si vengo a Texas y me pongo a sus órdenes. Pero sobre todo me recomiendan: «Prudencia, hijo, mucha prudencia».

—Y usted fue prudente —barbotó el juez.

—¿Quién se atrevería a negarlo? Sólo rompí una botella de champaña.

—¿Sabe que el Jack Diamond es el mejor saloon de Texas?

—Claro que lo sé. Pero en confianza le diré que el *whisky* no era de primera.

—¿Sabe que allí van los políticos, los grandes terratenientes y los generales del Sur?

—No tuve tiempo de fijarme. Donde yo pongo el ojo pongo los puños, pero no me pregunte más.

—¡Es usted una bestia inmunda, Bart Kennedy! ¿Qué pensaba al

provocar todo aquel jaleo? ¿Qué buscaba cuando lanzó a la cara de aquella dama la primera copa de champán?

—Armar un jaleo que me permitiese llegar al piso superior.

—¿Y no podía llegar hasta allí llamando un poco menos la atención?

—Yo sabía que no me lo permitirían, de modo que pensé organizar un buen follón para pasar inadvertido…

—¿Para pasar inadvertido? ¿Pasar inadvertido después de matar a no sé cuántos hombres?

—Cada uno tiene su sistema, juez.

Julius Macomby se llevó las manos a la cara.

—Usted ha arruinado mi carrera, Bart Kennedy. No sólo no me reelegirán, sino que corro el peligro de ser expulsado de Texas de un momento a otro.

—Pero ¿qué dice? ¡Ahora puede empaquetar a todos esos buitres!

—¡No emplee palabras malsonantes! ¡Aquí hay que hablar fino! ¡Esto no es un tugurio, sino el despacho de un juez! ¿Dice que puedo enchironar a todos esos puercos, sucios, malditos y condenados hijos de hiena? ¿Dice que los puedo meter entre rejas hasta que la baba les salga por las uñas de los pies? ¡Muy bien! ¿Cómo?

Bart Kennedy dio un puñetazo a la mesa.

—¿Y lo pregunta? ¡Allí había esclavas negras! ¡Eso significa que los del Jack Diamond se dedican a la trata! ¡Y la trata de esclavos es un delito federal! ¡Un hombre acaba por ello de ser condenado a muerte y ejecutado![1].

—Ja y ja. ¡Es el único caso!

—¡Pues en Texas podemos encontrar a muchos más asesinos de esa clase! ¡Podemos desenmascararlos a todos!

El juez chilló:

—¡Bart, entre en razón!

—¿Qué razón?

—¡Usted, al encontrar a las muchachas, debió llamar en seguida al delegado del Gobierno! ¡Había allí un delegado del Gobierno para reprimir el tráfico de esclavos!

—Claro que lo había —dijo pensativamente Bart Kennedy—. Pero ese hombre debía seguirme y no lo hizo. Tenía que venir

detrás mío para servir de testigo de todo lo que yo descubriera, y no lo hizo. O se asustó o es un traidor.

—Simplemente, se asustó. El creía que usted obraría mucho más pacíficamente.

—¡Mandangas!

—Piense lo que quiera, pero el caso está muy claro. Sin la denuncia del delegado del Gobierno, yo no tengo las pruebas que me interesan.

—¡No me venga con idioteces! ¡Yo hice saltar a las muchachas por la ventana! ¡Toda la ciudad las vio! ¿Qué más quiere?

—Que una sola de ellas se presente a declarar.

—¡Pues elija la que quiera! ¡Había casi dos docenas!

—No queda ni una.

—¿Quéeeee…?

—Han desaparecido.

Bart Kennedy estaba tan asombrado que se derrumbó sin fuerzas sobre la butaca que tenía detrás.

Le costaba trabajo respirar.

Aquello sí que no podía creerlo.

—¿Dice que han desaparecido? —barbotó.

—Sí. Todas.

—¡Eso no es posible!

—Se dispersaron por la ciudad, y como estaban aterrorizadas y no conocían el terreno, se supone que no debió resultar demasiado difícil capturarlas de nuevo.

—Entonces… ¡eso significa que tienen que estar en alguna parte!

El juez vaciló.

Y pareció tener que hacer un tremendo esfuerzo para decir al fin con voz débil:

—De eso justamente se trata, Bart Kennedy. Búsquelas. Busque al menos a una de ellas que pueda declarar.

—Las buscaré —dijo el joven—, pero mientras tanto habría que ir haciendo algo para ganar tiempo.

—¿Por ejemplo qué…?

—Por ejemplo, enchironar al dueño del Jack Diamond —dijo suavemente el federal.

—¿Con qué pruebas?

—Con las que conoce todo el mundo. Eso, al menos, pondrá

nerviosos a los que tratan con los traficantes. Les hará cometer alguna imprudencia y los tendremos a todos en nuestras manos.

—Sería un mal paso —dijo el juez.

—¿Un mal paso…?

—Hablo en términos políticos. Yo no me puedo exponer a un fracaso. Yo quiero llegar muy arriba.

Bart Kennedy rechinó los dientes.

—Pues está llegando muy abajo, juez.

—¡Cállese, perro! ¡Todavía soy su jefe!

Bart Kennedy hizo:

—Guau, guau.

—Si sigue así, le echaré un hueso.

—Pues écheme un hueso de su secretaria. La semana pasada tenía usted una estupenda.

—¡Cállese, Bart Kennedy, maldita sea! ¡Ya estoy harto de usted! ¡Cállese y lárguese de aquíiiii…! ¡No puedo más! Todo lo que toca lo convierte en sangre y muerte. ¡Busque a esas negras y tráigame una de ellas al menos! ¡Una que pueda hablar! ¡Pero no haga nada si no tiene una prueba absoluta y concluyente!

Bart Kennedy se puso en pie.

Hizo un gesto y escupió a la cara del juez.

Ya habrán ido notando ustedes, amigos, que Bart Kennedy era un chico la mar de tratable y la mar de bien educado…

* * *

En la tarde tranquila, bajo la calma tejana de los álamos y los sicómoros que llenaban el paseo, el ruido de los cascos de los caballos rompió pausadamente el aire. Era un sonido señorial, porque los caballos, bien entrenados, trotaban con suavidad y rítmicamente.

Bart Kennedy volvió la cabeza.

Tenía un dólar de plata en la mano, y lo lanzó al aire un par de veces para recogerlo de nuevo. Todo él tenía un aire despreocupado, pero cualquiera que le conociera se hubiese dado cuenta de que no era verdad. Bart Kennedy estaba rabioso y vibraba por dentro.

Los dos caballos tiraban, de un magnífico carruaje cerrado, color caoba. El cochero era un lacayo negro, como muchos de los que

empleaban las gentes ricas de Texas.

Bart Kennedy no hizo caso.

Lo que menos esperaba era que aquel carruaje se detuviera ante él.

Pero se detuvo.

La portezuela se abrió y entonces Bart Kennedy vio algo que le dejó mareado.

Aquellas piernas.

Aquellas piernas de diosa que se mostraban tan pródigamente…

Y aquella cara…

Y aquellos ojos de mirada hipnótica…

Y aquellos labios…

Bart Kennedy quiso tragar saliva, pero no pudo porque la boca se le había quedado seca.

Y es que hasta los sinvergüenzas como Bart Kennedy tienen su corazoncito.

Y sus ganas de encontrar una señora estupenda, qué caramba.

Ella sonrió.

—¿Es el señor Bart Kennedy?

—El mismo. ¿Y usted?

—Soy Nora Wingate.

Bart Kennedy la había oído nombrar. Era una de las muchachas más ricas de la comarca. Una heredera de narices. Lo que Bart Kennedy no sabía era que además fuese bonita.

Era la primera vez que la veía.

Pero valía la pena venir desde tan lejos sólo por este momento, qué caramba.

Y además… ¡qué modo de lucir las piernas!

Ella bisbiseó:

—Le buscaba, señor Kennedy.

—¿De veras?

—Y tan de veras.

—¿Para qué?

—Quisiera invitarle a dar un paseo. Supongo que no tendrá ningún inconveniente en acompañarme.

—¿Inconveniente? ¡Ninguno!

Y Bart Kennedy se lanzó lleno de entusiasmo.

Cuando veía a una chica bonita, él no se preocupaba demasiado

por lo que había detrás.

De modo que…

… ¡Décimo de caballería, a la carga!

Entró como un tigre en la cabina del carruaje.

Se sentó.

Fue a tender las manos a la chica.

No piensen mal. Fue a hacerlo por si ella necesitaba algo. Pero resultó que la chica no necesitaba nada.

En cambio el tipo que estaba sentado enfrente, sí.

Era un tipo al que hasta entonces no había visto Bart Kennedy, porque quedaba medio oculto.

Ése sí que necesitaba alguna cosa de Bart Kennedy. Por ejemplo, enviarle al infierno…

* * *

Ésa fue la primera sensación que tuvo el joven. La de que aquel fulano iba a disparar y saltarle la tapa de los sesos.

Porque le había apoyado en la frente el cañón de un revólver y porque le miraba con expresión de odio demasiado difícil de descifrar.

El hombre debía tener unos cincuenta años. Ofrecía un aspecto inconfundible de los que siempre han vivido bien. De los que siempre han tenido buena comida, buena ropa, buenas bebidas y buenas chicas. Un tipo de ésos para quienes la vida es un camino de rosas y están dispuestos a que siga siéndolo.

Bart Kennedy ni siquiera pestañeó.

Sólo dijo:

—Cochina trampa.

—Podrías hablar mejor en presencia de una señorita.

Bart Kennedy, educado como siempre, sólo dijo:

—Cochina zorra.

El cañón de revólver le produjo un rasguño en la frente causándole un vivo dolor, pero Bart Kennedy siguió sin pestañear siquiera.

—¿Por qué no me mata? —preguntó.

—Demasiada gente sabría que lo he hecho yo y eso no me conviene por el momento.

—¿Quién es usted?

—Me llamo Wingate.
—¿Es el padre de esta mujerzuela?
—¡Trata con más respeto a mi hija, condenado buitre, o…, o…!
—¿O qué?
La mirada de Bart Kennedy era desafiante.
Se notaba que era de esos tipos que jamás han tenido miedo a nada. Esos tipos que se ríen de la muerte, en especial claro, de la muerte de los otros.
Wingate barbotó:
—Vamos.
—¿Vamos adónde?
—Ahora lo verás.
Y con la mano izquierda levantó su bastón de empuñadura de oro, con el cual dio dos golpes en el techo.
Era la señal para que el carruaje arrancara de nuevo. Siguió la ancha avenida de árboles, bajo la caricia del sol, y salió a la llanura, dejando atrás las últimas casas de la ciudad.
Todo era silencio en el carruaje, a excepción del rítmico golpear de los cascos de los caballos.
La muchacha ni por un momento había vuelto la cara hacia él. Debía estar absorta en la contemplación del paisaje que se veía más allá de la ventanilla.
Burt Kennedy insistió:
—¿Puedo saber adónde me lleva?
Wingate rió silenciosamente.
—Te parecerá mentira, perro.
—¿Qué es lo que me parecerá mentira? —dijo el joven.
—Voy a darte una oportunidad para que sigas viviendo.
—¡Estupendo! ¿Y qué tengo que hacer yo ahora? ¿Besarle la mano? ¿O sacarle brillo a los zapatos con la lengua?
—¡Cállate!
—Quiero saber adónde vamos. No es pedir demasiado.
—Ahora lo sabrás. Ya estamos llegando.
En efecto el carruaje aminoraba la marcha.
Estaba ahora fuera del camino, adentrándose por un sector de verde y maravillosa espesura.
Cerca, se oía el rumor de un río.
Bart Kennedy no conocía nada tan hermoso como los ríos y los

paisajes verdes de Texas. Esos ríos tranquilos, quietos, donde flotan los troncos y donde los cormoranes acarician suavemente el agua. Esos paisajes verdes donde es hermosos soñar, amar a una mujer… o diñarla de dos tiros en la cabeza.

Eso era lo que seguramente harían con Bart Kennedy.

Clavarle dos balas en mitad de la frente.

Wingate murmuró:

—Ya hemos llegado.

El cochero también debía conocer el sitio, porque se detuvo. El rumor del agua era tan insistente que Bart pensó que debían encontrarse cerca de una pequeña cascada.

—Baja.

El joven se apeó, siempre con el cañón del revólver apoyado en la cabeza. Notó que la hermosa muchacha se quedaba en su sitio. A ella no parecía importarle nada lo que sucedía.

—Acércate al agua.

Bart Kennedy se acercó.

En sus labios flotaba una sonrisa burlona.

—Oiga, Wingate —susurró—, si lo que pretende es fingir un accidente y hacer que me ahogue, va listo. En primer lugar, nado perfectamente, y en segundo lugar, en esta parte del río el agua no cubre más allá de los hombros.

—Vete hacia la presa.

—Es inútil. Allí el agua es un poco más profunda, pero tampoco le servirá de nada.

—No trato de matarte. Simplemente repito que voy a darte una oportunidad para que vivas.

—¡Qué conmovedor!

—¡No estoy dispuesto a hablar más! ¡Camina hacia la presa!

Y le empujó con el revólver, de modo que Bart Kennedy dio un traspié y estuvo a punto de caer. Con los dientes apretados en una mueca de desprecio, avanzó hacia el río.

Éste era bastante estrecho y tenía un verdor idílico, un verdor suave, maravilloso y tranquilizante. En el sitio donde se encontraban ellos ahora, las aguas eran recogidas por una presa, que en estos momentos se encontraba parcialmente cerrada. Sólo un poco de agua descendía de ella con bastante fuerza, originando el rumor que antes había oído Bart Kennedy.

Wingate le ordenó:
—Métete en el agua.
El joven no entendía demasiado bien aquello, pero obedeció. Dirigió una mirada al carruaje, que estaba detenido a unas veinte yardas. La muchacha seguía mirando indiferente por la ventanilla. Nada de lo que ocurría allí parecía afectarla.
—Muy bien —dijo Wingate—. Ahora avanza. Llega hasta el centro.
El joven siguió avanzando, pero al hacerlo miró hacia el fondo de las aguas para saber dónde ponía los pies.
Y entonces todo su cuerpo se estremeció.
Entonces sufrió la más brutal sacudida que puede sufrir un ser humano.
Entonces fue cuando su propia vida le pareció un espectáculo miserable que no merecía vivirse.
Entonces fue cuando deseó… ¡matar!
Pero no hubiese tenido fuerzas para hacerlo.
No tenía fuerzas para nada, ni para respirar.
Las rodillas se le doblaban.
Porque lo que veía en el fondo del rió eran… ¡cabezas de mujer! ¡Cabezas de muchachas negras que parecían mirar desde el fondo de las aguas!
¡Eran las mismas que él liberó en el Jack Diamond!
¡Todas…, todas habían sido decapitadas!
Bart Kennedy sólo oía el ritmo silbante de su propia respiración, parecido al de una bestia al acecho.
No notó que el cochero había abandonado el carruaje para dirigirse también al río.
La voz de Wingate pareció llegar muy lejos:
—Tú, abre la presa.
El cochero hizo girar una ancha rueda de metal. Las compuertas se abrieron. Y el agua, que ya no tenía barreras, se precipitó hacia el curso del río, mientras arrastraba las cabezas.
Unas cabezas que irían a parar al mar o que serían devoradas por ciertas especies de peces. Unas cabezas que serían como un mudo, como un patético, como un desesperado e inútil mensaje contra la crueldad y la incomprensión humanas.
Bart Kennedy sentía los pies clavados en el lodo del fondo del

rió.

No sentía, no pensaba.

Era como su propia estatua, como su propio cadáver inverosímilmente puesto en pie.

También la voz de Wingate parecía llegar de muy lejos.

—Ahora ya lo has visto, maldito Bart Kennedy. Ahora ya sabes por qué te he dado una oportunidad para que conserves la vida.

Bart Kennedy reaccionó poco a poco.

Ya no quedaban cabezas entre sus pies porque todas se las había llevado el agua.

Pero sentía todavía su roce, sentía todavía en sus piernas el contacto del horror y de la muerte.

Con una voz que era casi un rugido barbotó:

—¿Por qué, Wingate? ¿Por qué…? ¡En el nombre del cielo! ¿Por qué?

—No podía arriesgarme a que se me condenara. No podía perder mi imperio por una estupidez.

—Pero esto, es…, es…

—Es una crueldad necesaria —dijo tranquilamente Wingate—. Es como el que tiene que matar a un valioso caballo de carreras que está enfermo para que no contagie a los otros.

—Pero ellas… ¡eran seres humanos! ¡Estaban en la flor de la vida! ¡Y sobre todo eran inocentes…!

—También un caballo lo es.

—¡Maldito cerdo! ¡Maldito Wingate! ¡Maldita sea la hora en que nació!

—Mas vale que no se excite. Kennedy —dijo Wingate con voz tranquila—. Mi hija podría oírnos, y mi hija es… ¿Cómo explicárselo…? Es muy sensible. Además sepa que todas esas muchachas han muerto por culpa suya.

—¿Por…, por culpa mía?

—Si usted no se hubiera metido en este asunto, no les habría ocurrido nada. No es que su vida hubiera sido muy agradable, ya se sabe, pero… ¡en fin! Al menos habrían vivido y hasta puede que alguna de ellas se hubiese casado con un negro venido a más. Pero al meterte tú en esto, corría peligro de que alguna de ellas declarase, y por eso hube de tomar una decisión.

—¡Condenado buitre!

—Una decisión que no ha sido agradable —siguió diciendo Wingate, con imperturbable calma—, porque estas chicas me costaron muy caras. Ha sido como sacrificar una cuadra entera de caballos.

Bart Kennedy hubiera saltado con gusto hacia él.

Le hubiera matado a dentelladas.

Wingate se encontraba a demasiada distancia, y además aquel revólver que le estaba apuntando era como una maldita e infranqueable barrera entre los dos.

Lo único que podía hacer era insultarle.

Y lamentó que en este momento se le hubiese olvidado el «selecto» repertorio de que disponía.

Le dirigió un insulto perfectamente vulgar:

—¡Hijo de perra!

Wingate no se inmutó.

Era un «caballero» a quien los insultos de los «plebeyos» no le afectaban en absoluto.

—Vosotros lo habéis estropeado todo —dijo—. Antes la vida en Texas era agradable y serena. Cada uno tenía su sitio marcado por la sabiduría de la Madre Naturaleza, Los esclavos en su sitio y los señores en el otro. La vida discurría maravillosamente, se pagaba quinientos dólares por cabeza en los mercados de Nueva Orleáns. En consecuencia, nos interesaba que vivieran. Si alguno moría… ¡mala suerte! Era igual que cuando a uno se le moría un cerdo. Pero no nos veíamos obligados a ocultarnos ni a matarlos, porque su tenencia no estaba prohibida. Ahora vosotros, al abolir la esclavitud, lo habéis estropeado todo. Si un esclavo se desmanda, hemos de liquidarlo. Sí una investigación se pone demasiada seria, hemos de acabar en unas horas con todas las «existencias», para evitar males mayores. De modo que todas estas muertes, maldito Bart Kennedy, no caen sobre mi conciencia, sino sobre la tuya.

Bert Kennedy estaba alelado.

Jamás había escuchado un discurso tan cínico.

El mismo deseo que tenía de matar a Wingate, aunque fuera a dentelladas, le dejaba sin hablar.

Tuvo que hacer un violento esfuerzo para decir:

—Los esclavos eran traídos en condiciones inhumanas por gentes sin alma porque vosotros, maldito Wingate, los pagabais a

buen precio. Sin vosotros no hubiese habido negocio y no se hubiera llegado a esa espantosa lacra de la Humanidad.

—Je, je… ¡Qué romántico eres, muchacho! En efecto, sin nosotros no hubiese habido negocio, pero cuando éste estaba permitido los transportes de esclavos se hacían en mejores condiciones. Morían muchos más en el camino, eso es cierto. A veces más de la mitad. Pero no se les tenía que matar, como se hace ahora cuando un barco esclavista va a ser apresado, para evitar que el capitán y los armadores vayan a la cárcel. De modo que en la actualidad hay viajes en que muere el cien por cien de los esclavos. ¡Y de todo eso tenéis la culpa vosotros, malditos soñadores! ¡Los que queréis hacer un mundo distinto de como Dios lo hizo!

—No blasfemes, cerdo. Dios creó a todos los hombres iguales.

—Je, je… En este caso no nos hubiera hecho a nosotros tan listos y a los negros tan tontos.

—¡No sois listos! ¡Sois simples verdugos que disponéis del hacha y no tenéis escrúpulos en manejarla!

—No vamos a discutir eso —dijo Wingate con la misma voz glacial—. Es una simple cuestión de principios que no nos llevará a ninguna parte. Pero recuerda bien lo que has visto, Bart Kennedy, porque esto se puede volver a repetir. Si seguís por el mismo camino, seréis responsables de muchas víctimas. Y tú mismo morirás. Acabo de hacerte una advertencia y te juro que no haré ninguna otra más.

Chascó dos dedos y añadió:

—Por eso te he dicho antes que te he traído aquí con el deseo de conservar tu vida.

Bart Kennedy sentía que el frío del agua subía por sus piernas y llegaba hasta sus huesos.

Sentía que algo fallaba en él.

Sus nervios, su corazón.

Le parecía que su vida entera carecía de sentido.

Wingate masculló:

—Adiós, perro.

Fue hacia el carruaje, protegido ahora no sólo por su revólver, sino también por el que acababa de sacar el cochero. Bart Kennedy les vio alejarse con una sensación de impotencia clavada hasta el fondo del alma.

Sus dientes chirriaron.

Pero en seguida oyó las voces de mando del cochero:

—¡Adelante! ¡Arre! ¡Arreeeee…!

Bart Kennedy quedó quieto en el centro del río, mirando como obsesionado el curso del agua.

No supo cuánto tiempo estuvo así, hundido en sí mismo, como si fuera una estatua.

Cuando empezó a recobrarse, ya estaba saliendo la luna. Cuando empezó a recobrarse, el paisaje empezaba a llenarse con el misterio de la noche de Texas.

CAPÍTULO III

UNA VISITA DE CUMPLIDO

Después de lo que había visto, no es extraño que Bart Kennedy se emborrachara. Después de aquello, no tiene nada de sorprendente el que aterrizaran en uno de los peores tugurios de la ciudad, se amarrase a una botella de *whisky* y no parara hasta dejarla más seca que las arenas del desierto Mojave.

Naturalmente, una botella de *whisky*, bebida en ayunas, hace su efecto.

Y por eso el joven estaba medio dormido sobre la mesa, igual que un borracho cualquiera, cuando una mano le zarandeó.

Bart Kennedy creyó que era el tabernero.

—¡Déjame, hijo de su padre! —Gruñó el joven con su educación habitual—. ¡Váyase, maldito cerdo! ¡He pagado mi botella y tengo derecho a dormir donde me dé la gana!

Pero el que le zarandeaba no era el tabernero. Era un fulano que también bebía como un cosaco y que se arrastraba por los peores tugurios de la ciudad. Estaba hecho un auténtico detritus humano. Y sin embargo se notaba en sus ojos que no siempre había sido así. Se notaba que en otras épocas debió ser un hombre distinto, incluso un hombre notable.

Volvió a zarandear a Bart Kennedy.

—Eh, hermano —dijo.

—¿Qué te pasa?

—Tú eres un cerdo borracho como yo.

—No lo dudes. Y a mucha honra.

—Entonces págame una copa.

Bart Kennedy depositó dos dólares sobre la mesa.

—Pide lo que quieras —dijo.

El otro encargó media botella de *whisky* y empezó a beber a chorro, como un pirata. Luego se secó la boca con el dorso de la mano y dijo:

—He oído hablar de ti, Bart Kennedy.

—¿Sí?

—Se dice que eres un federal, pero uno de esos federales que resultan incómodos a sus jefes y se pasan media vida en la cárcel.

—Veo que la gente, cuando habla de mí, no va tan desencaminada —dijo tranquilamente el joven.

—Se cuenta que te encargan de las misiones más incómodas y peligrosas.

—Eso también es cierto, pero hay que añadir que sin las misiones incómodas y peligrosas me parecería que mi vida no tiene sentido.

A Bart Kennedy se le iban pasando los vapores de la borrachera. Miró con más atención al hombre que tenía frente a él.

Éste todavía era joven, pero se le notaba gastado y comido por un hondo sufrimiento interior. Era igual que si su vida no tuviera sentido y él lo supiese. Los excesos de alcohol habían hecho el resto, convirtiéndolo en un guiñapo.

Bart Kennedy murmuró:

—¿Cómo te llamas?

—Sid Potter.

—¿Y qué haces aquí?

—Me habían citado para que declarase ante una comisión que trata de determinar la responsabilidad de unos cuantos esclavistas de la comarca. Me prometieron que no me ocurriría nada y que además me darían trabajo. Pero cuando llegué aquí, me dieron una paliza monumental y me dejaron por muerto. Llevo tres meses arrastrándome de un lado para otro, de borrachera en borrachera. No tengo dinero ni para largarme. Cuando no me invitan he llegado…, he llegado a beber alcohol puro. Pero cualquier noche robaré un caballo y me largaré o… o acabaré pegándome un tiro.

Bart Kennedy le miró con más interés.

Bebió él también un poco de *whisky* antes de susurrar:

—¿Por qué querían que tú declararas ante una comisión

antiesclavista? ¿Qué sabes tú?

—He sido primer sobrecargo en un buque británico de los que se dedicaban a interceptar los navíos negreros a pesar de ser americano, me dieron ese empleo, y juro que lo serví con honor[2].

—Debía ser un empleo bien pagado…

—Hum… No estaba mal.

—¿Qué ruta hacías?

—Nosotros vigilábamos el tráfico de África occidental a América. Íbamos de la desembocadura del río Gambia a la desembocadura del río Congo[3].

—¿Y por qué lo dejaste?

—No podía soportar aquello.

—¿Mala vida?

—No era sólo eso.

—¿Pues qué era?

—Sensación de impotencia. No se podía hacer nada si no encontrábamos materialmente esclavos a bordo. ¡Y nosotros sabíamos que los habían transportado! ¡Sabíamos que muchas veces los negreros los habían matado cuando estaban a punto de ser abordados! ¡Incluso más de una vez vimos cómo los arrojaban al agua delante de nuestras narices! ¡Pero la ley decía que, para poder intervenir, teníamos que encontrar esclavos «a bordo»! ¡De lo contrario no podíamos hacer nada!

El hombre hablaba con sensación de impotencia y con la mirada perdida.

Bart Kennedy recordaba a las chicas degolladas para que no pudieran hablar.

Tuvo que cerrar los ojos.

Con voz lenta barbotó:

—¿Y la «cláusula de equipo»?[4]

—Hum… La «cláusula de equipo» arregló bastantes cosas, de tal modo que la esclavitud en África occidental casi terminó. Pero entonces los negreros cambiaron de táctica y fueron a buscar los esclavos a Madagascar e incluso al océano Indico, a la parte oriental de África. Allí contaron con unos aliados muy eficaces: los mercaderes árabes, que eran mucho más crueles e implacables que los reyezuelos negros de la costa occidental. Los árabes hacían expediciones de captura hasta el Congo y luego llevaban los

prisioneros hasta Zanzíbar, donde estaba el mayor mercado de esclavos del mundo. Por eso a nosotros terminaron enviándonos allí.

Bart Kennedy le escuchaba con la mayor atención.

Tenía los ojos entrecerrados.

Y en sus pupilas brillaban como dos frías chispitas de odio.

Sid Potter continuó:

—Los árabes estaban despoblando África, y su crueldad era tan inmensa que se nos ordenó acabar con la trata a toda costa. Pero para Inglaterra resultaba muy costoso mantener barcos allí, y los árabes empleaban embarcaciones muy ligeras, de modo que se nos escapaban siempre[5]. Entonces se llegó a un acuerdo con los sanguinarios sultanes de la costa: ellos podrían entrar esclavos en la isla de Zanzíbar, pero no podrían sacarlos de allí. Se pensó que, si los negros no podían ser sacados de la isla por sus compradores, nadie tendría interés en adquirirlos, y por tanto los árabes no tendrían tampoco interés en almacenarlos en Zanzíbar, que era como una especie de depósito general y de mercado en grande. Con eso el negocio se les hundiría y la trata se iría al diablo por sí sola.

—Comprendo.

—Pero nos equivocamos, y eso representó una terrible humillación para nosotros. No podíamos aplicar, en virtud de los acuerdos con los árabes, la «cláusula de equipo», y tampoco podíamos detener los barcos cargados de esclavos mientras éstos fueran rumbo a Zanzíbar. De modo que pasaban por delante de nuestras narices, con los esclavos amontonados en cubierta. Los mercaderes árabes incluso se detenían para reírse de nosotros: «Eh, malditos… ¡Llevaremos ochocientos esclavos, de ellos trescientas hermosas muchachas negras…! ¿Por qué no nos abordáis? ¿Qué pasa? ¿No os atrevéis, cobardes?».

Bart Kennedy seguía con los ojos entrecerrados.

—¿Y teníais que aguantar eso? —barbotó.

—¿Qué remedio nos quedaba?

—¿Y no cazasteis a ningún barco negrero que saliera de Zanzíbar con su carga? ¡Eso sí que podíais hacerlo!

—Vigilábamos día y noche, pero se nos escabullían. Los árabes conocían la costa mucho mejor que nosotros, y empleaban toda clase de trucos y astucias, como por ejemplo emplear una red de

cuevas a lo largo de la costa, que permitía ocultar a sus pequeñas embarcaciones. Pero cierta vez avistamos una de ellas, y eso fue lo que cambió mi vida. El pequeño barco no podía escapar. Calculamos que llevaba al menos cuatrocientos esclavos a bordo, recién sacados de Zanzíbar. Nos disponíamos a abordarlo cuando los árabes empezaron a decapitarlos uno a uno. Era espantoso. Desde cubierta veíamos impotentes aquel espectáculo salvaje. Incluso cuando subíamos por la escala de cuerdas, estaban cayendo las últimas cabezas y los últimos cuerpos eran arrojados al agua. Cuando pusimos los pies en cubierta, ¡no había ni un esclavo a bordo! ¡Ni uno de ellos podía declarar que había sido ilegalmente sacado de Zanzíbar! Los árabes se reían de nosotros a mandíbula batiente… ¡y tuvimos que callarnos! ¡No pudimos hacer nada contra aquellos miserables asesinos![6]. Desde entonces decidí que yo no aguantaba más. Volvía a América como pude y aquí estoy… Aquí estoy convertido en un guiñapo, en un miserable, en la sucia caricatura de un hombre…

Bart Kennedy apretó salvajemente los labios.

Se clavó los dientes tan fuertemente en ellos que brotaron dos hilos de sangre.

Pero él no se dio cuenta.

La salvaje escena que le acababa de narrar Sid Potter le recordaba la que había sucedido en el río, muy cerca de allí.

Imaginaba a las muchachas negras.

¡Ni una sola de ellas hablaría!

¡Ni una sola de ellas podría decir que había sido introducida ilegalmente en Texas!

Dio dos dólares más a Potter.

—Toma, amigo —dijo—. Bebe hasta hartarte, y mañana ven a verme, si todavía estoy vivo. Te daré dinero para que te largues de aquí. Para entonces habré hecho una deliciosa visita, ¿sabes? Una visita de cumplido…

* * *

Normalmente ponía una cara que, cuando la gente la veía, se escondía aunque fuese dentro de una tumba.

Hacía una mañana deliciosa cuando montó a caballo.

Cuando recargó el revólver.

Cuando puso cara de mala uva.

Y cuando se dirigió a la fantástica finca que Wingate tenía cerca de la ciudad.

Hay que decir que a Bart Kennedy ya se le había pasado del todo la borrachera de la noche anterior.

Pero que tenía ganas de emborracharse de otra cosa.

De sangre.

Mal asunto cuando Bart Kennedy se ponía a trabajar por su cuenta y riesgo.

Se convertía en una especie de bestia salvaje.

Y eso le había costado más de una vez el desprecio y hasta la cárcel.

De un agente distinguido y que tenía incluso el título de honorable había pasado a ser aquella especie de verdugo que tenía los puños fáciles y el gatillo más fácil todavía.

Penetró en los terrenos de Wingate.

Éste no tenía señal alguna que delimitara su finca. Como todo el mundo la conocía, eso era innecesario. Una parte de la inmensa finca estaba destinada al placer, con grandes prados verdes por donde podían galopar los caballos y con hermosos lagos donde los aristócratas tejanos podían practicar la caza del pato salvaje. Otra parte inmensamente mayor estaba dedicada el cultivo del algodón y el tabaco, que constituían la principal riqueza de Wingate, aparte los negocios que éste tenía en la ciudad. En los campos trabajaba una enorme cantidad de esclavos negros, cosa que nadie discutía a su dueño, pues habían sido comprados con anterioridad a las últimas leyes prohibitivas.

Bart Kennedy galopaba con las facciones contraídas.

Aquélla era una tierra hermosa, una tierra que él casi amaba. Y lamentaba por eso doblemente que perteneciera a un cerdo como Wingate… y a una perra como su hija.

Llevaba ya un par de millas recorridas a caballo cuando un jinete salió a su encuentro.

Era un tipo muy bien vestido.

Llevaba un rifle último modelo y un sombrero blanco Stetson. Hizo una seña a Bart Kennedy para que se detuviese.

—Eh, usted, compadre —le dijo de una forma cachazuda.

Bart Kennedy detuvo su caballo junto a él.

—¿Qué pasa?

—Supongo que usted es uno de los encargados de cuidar la finca.

Bart Kennedy no supo qué contestar.

Sólo dijo:

—Pues…

El otro le miró con insolencia.

—Óigame bien, compadre —le soltó—. Con su forma insolente de galopar, me ha espantado la caza. Y le juro que como vuelva a hacerlo le partiré la cara con mi látigo.

Bart Kennedy envió al aire una risita breve.

Y susurró:

—Yo tengo algo mejor que un látigo, amigo.

—¿El qué?

—¡Mis puños!

Y los disparó los dos casi a la vez, sincronizándolos de una manera fulminante.

Los dos estaban a caballo.

Pero el joven se inclinó sobre la silla de tal modo que quedó casi encima del otro jinete.

Por eso le alcanzó de lleno.

Le dejó la cara convertida en una especie de cosa fofa donde ya no se sabía en qué sitio paraban los huesos.

El jinete cayó a tierra mientras lanzaba una maldición.

Bart Kennedy masculló:

—¡Y esto no es nada en comparación con lo que pienso hacerle a ese cerdo de Wingate!

Siguió cabalgando hasta la casa.

Ésta era una magnífica residencia del Sur donde no faltaban las altas columnas blancas ni incluso unas palmeras que le daban un delicioso aspecto colonial.

No se veía por allí a nadie, sin duda debido a que los dueños estaban de caza.

O al menos eso pensó el joven.

Descabalgó.

Un criado negro le cortó el paso.

—No puede entrar, señor.

—Quiero ver a Wingate.

—¿Con qué objeto, señor?

—Dígale que es una visita de cumplido.

—Lo siento, señor. El señor Wingate no recibe a nadie hoy. Dedica enteramente el día a su colección de mariposas. Bart Kennedy chascó dos dedos.

—¡Estupendo! —dijo.

—¿Por qué, señor?

—Porque lo voy a mariposear a él. Porque va a ser la pieza más valiosa de su maldita colección.

Y movió los puños de nuevo.

Claro que el criado negro no tenía la culpa.

Pero estorbaba.

Y además, ¡qué cuerno!, a nadie le sienta mal un sueñecito de vez en cuando.

El criado «se retiró discretamente».

Quiere eso decir que se quedó dormido sin necesidad de que le cantaran una nana. Y que debió despertar cosa de dos horas más tarde.

Bart Kennedy murmuró:

—Gracias por dejarme pasar, amigo.

Y siguió adelante.

No era difícil encontrar la habitación de Wingate.

Una lujosísima alfombra persa llevaba en línea recta a una de las puertas.

Bart Kennedy la abrió.

Lo hizo como marcan las normas de la buena sociedad. Educadamente.

Es decir, de un puntapié que por poco la desencuaderna. Wingate, que estaba clavando unas mariposas en un álbum, alzó la cabeza y lanzó un grito de rabia.

—¿Pero qué infierno haces aquí, perro?

Bart Kennedy contestó:

—Morder.

Y tomó uno de los alfileres con los que Wingate clavaba las mariposas.

Se lo hundió de un seco golpe en la mejilla, mientras el dueño de la casa lanzaba un alarido de dolor.

Luego el joven disparó su puño izquierdo.

Fue fulminante.

Wingate cayó con los ojos en blanco y quedó tumbado junto a un diván con las piernas abiertas.

Bart Kennedy le hubiera pegado más. Mucho más. Hasta convertirse los puños en harina.

Pero no sabía qué demonios hacer con un enemigo que estaba K. O. y que por lo tanto no se enteraría de nada.

Tomó una decisión.

Lo dejaría para más adelante.

Y mientras tanto se encargaría de su hija, la tierna e inocente muchachita a la que no importaba ver unas cuantas cabezas cortadas en el río.

Tierna e inocente muchachita…

¡Ya le daría, ya…!

¡Iba a enseñarle lo que se siente cuando a una mujer bonita le parten en tres pedazos la boca!

De modo que buscó la visita de cumplido.

Una visita que aquellos cerdos, si llegaban a vivir, recordarían durante mucho tiempo…

CAPÍTULO IV

SORPRESA PARA UN MATON

Tampoco era difícil dar con la habitación de la muchacha, porque Bart Kennedy dedujo que tenía que corresponderle aquella puerta tapizada de rosa. De modo que la empujó y entró tranquilamente.

Quedó anonadado.

La chica estaba de espaldas a él.

Se cambiaba de ropa.

Y la que llevaba puesta no era demasiado abundante, de modo que…, que…, que… ¡Bueno, que Bart Kennedy sintió que la habitación empezaba a dar vueltas en torno a su cabeza!

Pero pronto se rehízo.

¡Al diablo la hermosura de la chica!

Ella musitó:

—¿Eres tú, Nancy?

Bart tragó saliva.

O la chica era muy tonta o se burlaba de él.

En cualquiera de los dos casos iba a lamentarlo.

De modo que avanzó hacia su espalda.

La sujetó por el cuello.

Y le propinó tal rodillazo entre los riñones que la hizo caer sobre la cama con un aullido de dolor.

Bart Kennedy tuvo que cerrar los ojos.

¡Infiernos, qué tentadora estaba!

¡Qué mujer!

¡Qué rabiosos deseos sentía de hacer algo que no fuera golpearla!

La volvió a sujetar por el cuello, pero ahora teniéndola de cara.

Los ojos de la chica estaban desencajados.

Bart Kennedy la abofeteó dos veces.

Y ella barbotó:

—Pero, Nancy…, ¿qué haces, Nancy?

Sintió que vacilaban sus rodillas.

¡Por todos los infiernos!

Aquella mirada perdida, aquella mirada espantosamente fija…

¡Aquellos ojos que miraban sin ver…!

¡La muchacha era ciega!

* * *

Bart Kennedy la soltó poco a poco, sintiendo que sus piernas fallaban.

Bruscamente se olvidó de todo, se olvidó incluso de lo maravillosa y tentadora que la chica era.

Dijo con un soplo de voz:

—Yo no soy Nancy. Supongo que Nancy es tu doncella, ¿no? ¿Cómo crees que ella iba a golpearte así?

Una brusca expresión de terror apareció en los labios de la muchacha al oír aquella voz ronca.

—¿Quién…? ¿Quién es usted?

—Un granuja.

—¿Qué…, qué quiere de mí?

—¡Vamos, nena, menos mandangas! —Bart Kennedy había reaccionado violentamente otra vez—. ¡Me conoces perfectamente, y mi voz tenía que haberte sonado desde el principio! ¡Tú me hablaste para que subiese a tu carroza de oro! ¡A tu cochina carroza de hada encantada!

—El…, ¡el señor Bart Kennedy!

—De señor nada, preciosa. Al último fulano que me llamó señor le metieron en la cárcel hace dos años por embustero. Pero me gustaría saber cómo me reconociste entonces, si no ves un camello encima de una almohada.

—Mi padre me indicó que…, que era usted. Entonces yo abrí la portezuela y le hablé.

—Para que subiera confiado, ¿no? De modo que era una sucia trampa.

—Yo no sé de qué clase de trampa me habla, señor Kennedy.

—¿No te enteraste de nada?

—¿De qué me tenía que enterar?

Bart Kennedy vaciló.

En el primer momento le pareció imposible. Pero luego, pensándolo mejor, se dio cuenta de que no resultaba tan ilógico.

La muchacha podía perfectamente no haber visto las cabezas en el río. Podía no saber nada…

¡A aquella distancia no les había oído hablar, cuando Wingate y él sostuvieron la conversación junto al río!

¡Ni había visto el horror de aquel espectáculo!

¡La muchacha podía ser inocente!

Bart Kennedy sintió que sus fuerzas vacilaban.

Con voz ronca susurró:

—Tendrás que perdonarme, muchacha.

—Pero entonces… ¿por qué me has pegado de ese modo? ¿Quién eres? ¿Un loco?

—Sólo soy un hombre que odia.

—¿Odiar? ¿El qué?

—A algunos hombres de esta cochina tierra.

—¡No te entiendo! ¡Me parece que estoy hablando con un loco! ¡No tiene sentido nada de lo que dices…!

Bart Kennedy susurró:

—¿Sabes que tu padre tiene negocios muy sucios?

—¡Mi padre es un gran terrateniente! ¡Todos sus negocios están a la luz del día! ¡No necesita tener asuntos sucios de ninguna clase!

—¿No sabes que trata con esclavos ilegalmente?

—¡Nunca he oído decir eso!

—Por lo visto a ti te tienen en una especie de jaula de oro, nena.

—¡Sigues estando rematadamente loco, Kennedy! ¡Mi padre no hace nada que no se pueda declarar!

—Tu padre trata con esclavos. Mejor dicho, con esclavas.

Nora Wingate estaba mortalmente pálida. Pero sus labios se entreabrieron con furia para decir:

—¡Mi padre, el honorable Wingate, tiene esclavos en sus plantaciones, pero desde antes de que la trata fuera declarada ilegal! ¡Y desde entonces no ha comprado más esclavos! ¡Aunque, si lo hiciera, no por eso obraría mal! ¡Todos esos cochinos negros son

de una raza inferior! ¡No tienen ningún sentimiento humano! ¡No sirven para nada! ¡No sirven más que para obedecer!

Bart Kennedy había oído discursitos semejantes en muchos puntos de Texas, de modo que ya no le impresionaban. Pero en este momento le ocurrió algo que no le había ocurrido nunca. Recordó las cabezas de las muchachas descansando en el fondo del río. Recordó sus cuerpos mutilados. Imaginó sus gritos de sorpresa y de dolor cuando fueron salvajemente sacrificadas.

¡Y encima aquella muñeca hablaba con desprecio de las «razas inferiores»!

Su puño derecho se movió solo.

Y Nora Wingate no pudo esquivarlo porque no veía de dónde iba a venir el golpe. Recibió el impacto en plena cara y cayó de nuevo sobre el lecho.

Bart Kennedy sintió vergüenza de sí mismo.

Sintió vergüenza de haber golpeado así a una muchacha que no podía defenderse porque ni siquiera sabía de dónde iban a llegar los puñetazos.

Pero esa vergüenza no se notó en su voz.

Barbotó roncamente:

—Nos volveremos a ver, preciosa. O, mejor dicho, te veré yo a ti. Te aseguro que, vestidita como vas ahora, vale la pena.

Y salió.

Una honda rabia anidaba en su corazón.

Una rabia a la que no podía dar salida…

CAPÍTULO V

MUCHACHO, PAGA TUS FUNERALES

La verdad era que, en aquellos momentos, Bart Kennedy estaba desconcertado. Tanto que necesitaba unas horas para reflexionar, so pena de volverse loco.

Fue al hotel donde vivía.

Era un hotel tranquilo, situado en un sitio bastante apartado y fácil de vigilar. Desde la ventana de su habitación, Bart Kennedy veía el camino que conducía hasta allí.

Por ese camino llegó un mensajero aquella misma noche. Era un tipo a caballo que llevaba una gran placa dorada sobre la camisa. Placas como aquéllas solían usarlas los agentes del gobernador.

Bart Kennedy supo que venía a por él.

Y le recibió con su amabilidad característica.

—¿Qué quieres tú, condenado perro?

El emisario también era un tipo muy educado.

Dijo:

—Si dependiera de mí te regalaría una máquina de picar carne, Bart Kennedy. Una máquina donde cupieras tú dentro.

—Muy bien… Y aparte de lo mucho que nos apreciamos el uno al otro, ¿para qué cuerno has venido?

—Soy un emisario del gobernador y traigo una citación para ti.

—Perfecto, amigo. Pero yo creí que el gobernador estaba en Dallas y que no se acercaba a estos villorrios malditos.

—El gobernador hace viajes por todo el territorio y se ha enterado de muchas cosas que no le gustan. Por eso quiere verte.

Bart Kennedy chascó dos dedos.

—¿Y dónde está?

—Tiene toda una planta alquilada en el hotel Wellington. Debes ir a verle esta misma noche.

—Muy bien, dile que iré.

—De acuerdo, pero no tardes.

—Ah, y dile también otra cosa.

—¿Qué?

—Que cuando entre en la habitación donde esté él me taparé las narices…

* * *

El hotel Wellington era el más importante en muchas millas a la redonda. Estaba cerca del Jack Diamond, el saloon donde guardaban tan buenos recuerdos de Kennedy. Y éste supuso que entre los dos negocios debía haber alguna conexión y que incluso pertenecían tal vez al mismo dueño, o a la misma sociedad de dueños. Ese pensamiento hizo que, cuando entró en las habitaciones del gobernador, tuviese cara de tigre que está buscando un trozo de carne.

El gobernador le recibió amablemente.

Pero esta vez amablemente de verdad.

—He oído contar muchas cosas de usted, Bart Kennedy.

—Lo celebro. Mi padre siempre me dijo que yo sería un hombre famoso.

—¿Y qué pasó cuando usted empezó a ser famoso?

—Que mi padre murió de la impresión.

—Es usted un tipo extraño, Kennedy, uno de los tipos más extraños que hay en esta tierra. ¿No quiere fumar?

Y le tendió un oloroso cigarro habano.

El joven lo rechazó.

Dijo con voz suave, pero que al mismo tiempo reflejaba una implacable decisión:

—Hablemos claro, gobernador. No sé para qué me ha llamado, pero deseo advertirle una cosa. Yo, aunque sea un cochino pistolero, todavía tengo el nombramiento de agente federal y por tanto solo obedezco al Gobierno de Washington. Ningún gobernador de los diversos estados puede darme órdenes. Y una vez aclarado este importante punto, dígame qué diablos desea de mí.

—Parece que está usted algo picado, Kennedy.

—Eso es cuenta mía.

—Muy bien. Pies le diré esto: aunque usted sea agente federal, yo tengo jurisdicción en este territorio, y por lo tanto me afectan los actos contra la ley que se cometen en él. Usted se ha comportado en la comarca como un perro rabioso.

—Ya veo por dónde va, gobernador.

—Tengo dos denuncias graves.

—No hace falta que me las mencione.

—Es mi obligación mencionárselas, de modo que ahí van: una de las denuncias la firman los propietarios del Jack Diamond. Parece que usted causó allí injustificadamente daños valorados en una montaña de dólares.

—Creo recordar algo de eso. ¿Qué más?

—Luego está lo de Wingate.

—¿Que ha dicho Wingate?

—Que usted asaltó su casa, le golpeó brutalmente a él y que encima golpeó a su hija. Ese segundo delito es el más incalificable, porque se trata de una ciega.

Bart Kennedy no supo qué decir.

La verdad era que la vergüenza le ahogaba a veces desde que aquello sucedió.

Pero dijo con desprecio:

—Si la nena no ve, que se ponga gafas.

—¡Kennedy! ¡Es usted un cerdo!

—Nadie ha discutido nunca eso, gobernador.

El otro empezó a impacientarse.

—Le estoy hablando por su bien, de modo que más vale que no se ponga pesado. A usted le han encargado desde Washington una misión cuya legalidad no pongo en duda, pero en Texas vemos las cosas muy distintas que en la capital. Generalmente en el Sur se piensa de manera muy diferente que en el Norte. Nos han prohibido traer nuevos esclavos, pero llegará un día en que incluso querrán que dejemos libres a los que ya tenemos[7].

—No es asunto mío —dijo Bart Kennedy secamente—. Yo me limito a cumplir órdenes, y esas órdenes son de que…

—¿De que acabe con todos nosotros? —dijo entonces una voz muy queda, al otro lado de la habitación.

El joven se volvió hacia allí.

No se había fijado, al entrar, en aquel lado de la habitación que quedaba en completa penumbra, ni había sospechado que un hombre pudiera estar allí, viéndolo y escuchándolo todo. Ahora ese hombre avanzó poco a poco, sacando tripa y hundiendo los pulgares en los bolsillos de su chaleco.

—Seguramente usted no me conoce, Bart Kennedy —aña dió aquel hombre—. Quiero decir que no me ha visto nunca, pero en cambio me ha oído nombrar muchas veces.

Bart Kennedy musitó:

—¿Quién es usted?

—Me llamo Edward A. Pollard[8].

El joven cabeceó.

—Si estuviera más cerca escupiría sobre usted, Pollard.

El gobernador aulló:

—¡Ya está bien de provocaciones, Kennedy! ¡Se está usted portando como un granuja de la frontera! ¡Ya basta…!

—Es que soy un granuja de la frontera —dijo Kennedy tranquilamente—. Si no lo sabía, pida informes de mí y le contarán cosas que ponen la carne de gallina.

—Las cosas que cuentan de usted obligan a taparse las narices —dijo Pollard.

—Pues para que no tenga que tapárselas, yo se las partiré —dijo cariñosamente Kennedy—. Le juro que los efectos serán los mismos. Se quedará sin olfato.

Pollard chirrió los dientes.

Estaba rabioso, pero comprendió que le interesaba jugar ante el gobernador el papel de un hombre de orden. Además lo era. Pollard era un político y un hombre adinerado a quien no le gustaba mezclarse con la «basura» que representaba Bart Kennedy.

Con voz paciente dijo:

—No es usted un hombre de mi clase, Kennedy, pero voy a molestarme explicándole algo que tal vez ignora. Si usted viviera en Texas, en Alabama, en Georgia o en Luisiana sabría que la esclavitud es una institución necesaria en una sociedad ideal. Los negros están hechos idealmente para servir, y los blancos para dirigir, dedicarse al ocio y cultivar las artes de la vida y el gobierno. La esclavitud, en breves palabras, es un bien absoluto, ya que

nuestra riqueza depende de ella, y constituye un deber patriótico y humano darle la más amplia extensión posible.

Bart Kennedy estaba anonadado.

Le parecía increíble que tantas barbaridades pudieran decirse con tanta calma y en un tono tan doctoral.

Pero Pollard era un convencido de sus teorías, y por lo tanto hablaba como el que sabe que no van a poder darle ninguna respuesta.

—Iré más lejos —añadió—. Mi buen amigo míster Tarver, de Mississippi, ha pedido que no sólo se esclavice a los negros para trabajar en los campos, sino también para trabajar en las fábricas. No hay duda de que si se toman negros adultos del campo resultarán torpes y desmañados para trabajar en las fábricas de algodón, pero si se lleva jóvenes esclavos a las factorías y se les prepara para esta labor, serán los más serios y eficaces operarios que puedan encontrarse en ningún país… Serán más serios porque no tendrán derecho a determinar los horarios de trabajo, no se declararán en huelga en demanda de salarios más elevados y no tendrán el derecho de dejar el empleo a su gusto, como ocurre con los trabajadores libres. Éstas serán ventajas eminentes y que el Sur no puede despreciar.

Bart Kennedy tenía la boca seca.

De modo que encima los esclavos tenían que ser inteligentes para así poder sacarles más provecho…

Pollard sacó tripa otra vez.

Creía que estaba pronunciando un discurso en el Congreso.

Y con voz retumbante, muy seguro de sí mismo, continuó:

—Además el precio de los esclavos debe reducirse. Tiene que haberlos en tal abundancia y tienen que resultar tan baratos que todos los blancos del Sur, sin excepción, puedan poseer un negro… o una negra. Semejante cosa representará la salvación para el blanco pobre. Éste dejará de ser un miserable y estrambótico trabajador de la tierra, dedicado a arañar el suelo con sus manos para obtener una mísera cosecha, o dedicado también a invadir las fincas de los grandes propietarios, con lo que a nosotros, los ricos, nos causa insoportables molestias. El blanco pobre debe convertirse en propietario con la gran misión de explotar las riquezas del Sur, de las que hasta ahora ha sido excluido. Se le presentarán

perspectivas de riqueza que elevarán su ánimo y le transformarán en un hombre nuevo. De modo que ya lo sabe usted. Bart Kennedy: no sólo nos oponemos a la prohibición del tráfico de esclavos, sino que lo fomentaremos para conseguir que los esclavos sean más abundantes y por lo tanto más baratos.

Bart Kennedy apretó los dientes.

Hubiera dicho al menos una docena de cosas.

Que si la mamá de Pollard.

Que si el papá de Pollard.

Que si las hermanitas de Pollard.

Pero él era un hombre educado —como el lector habrá tenido ocasión de comprobar— y lo único que hizo fue meterse con su tía.

—¡A tu tía la conocí en un tugurio de Luisiana, Pollard! ¡Se vendía por veinte centavos! ¡Y me dijo que tu mamá se había dedicado antes al mismo negocio, pero vendiéndose solo por quince!

Pollard palideció.

Pareció como si por un momento fuera a lanzarse sobre Bart Kennedy, pero los puños de éste le impusieron respeto.

De modo que lo pensó dos veces.

Y a la tercera se estuvo más quietecito que un niño bueno.

—Parece que no le he convencido. Kennedy —murmuró.

—Lo menos que puedo decir es que esas teorías atentan a la Constitución de Estados Unidos.

—Eso son puras mandangas —dijo Pollard.

—Le aconsejo que no lo repita, amigo. Nadie se ríe de la Constitución delante de un federal.

—¿Pero usted es un federal? —sonrió Pollard con desprecio—. ¡Usted es un presidiario!

—¡Basta! —aulló el gobernador dando un puñetazo sobre la mesa—. ¡No me meta en más líos, Pollard! ¡Si quiere hablar, hable! ¡Pero no toleraré que se insulten más!

—Está bien —dijo el político con un gesto de resignación—. Bart Kennedy no merece tener el honor de escucharme, pero terminaré de exponerle mis ideas por si un rayo de luz entra al fin en su cerebro. Podría ser un hombre muy útil para nosotros, que necesitamos comandos de acción. En cambio, muerto no nos serviría de nada.

Bart Kennedy volvía a tener cara de piedra.

Y no movió un músculo cuando el otro continuó:

—Incluso creo —dijo Pollard con la voz de un profeta— que deberíamos extender los beneficios de la esclavitud a los países latinos de más allá del golfo de México. He estudiado las posibilidades que nos ofrece el futuro, en relación con la magnífica naturaleza de la América tropical situada en el camino de nuestro destino en este continente. Con mis ojos veo un imperio más rico y más poderoso que ninguno de los que han existido hasta ahora en la Historia. ¿Qué imperio es éste? Un imperio fundado en las ideas militares que representan las nobles peculiaridades de la civilización del Sur; incluyendo dentro de sus límites los istmos de América y los países de las Indias occidentales, debidamente regeneradas. Con el control de las dos principales materias primas del comercio mundial —el algodón y el azúcar[9]—; dominando las grandes rutas del comercio mundial; superando a todos los imperios del siglo por la fortaleza de nuestra posición geográfica… ¡En pocas palabras, un imperio que armonizará la fuerza, la prosperidad y la gloria, con un grado de perfección que jamás en los tiempos modernos ha sido conocido!

Bart Kennedy seguía teniendo cara de piedra.

Miró al gobernador y masculló:

—¿Qué hago? ¿Aplaudo?

Pero Pollard no le hizo caso.

Estaba en pleno éxtasis.

Ya veía realizados sus sueños; ¡ya se veía convertido en emperador de un imperio que abarcaría desde Canadá hasta la Tierra de Fuego!

—¡Qué espléndida visión! —continuó—. ¡Qué sublime conjunto de asociaciones! ¡Qué riqueza cuando hayamos extendido la esclavitud a toda América y obtengamos beneficios que otros países, con su manía de la evangelización y de que todos somos iguales, no han sabido encontrar!

Bart Kennedy dijo:

—¡Bravo! ¡Bravo!

Y siguiendo la broma que a veces había oído contar a algunos peones mexicanos aficionados a los toros, añadió:

—¡La oreja! ¡La oreja!

—La oreja te la voy a cortar a ti —masculló el gobernador de Texas—. ¡Cállate de una vez, condenado perro!

—Ya quisiera —dijo Bart Kennedy—, pero no puedo. ¡Es que este tío me entusiasma!

Pollard le fulminó con su dedo índice extendido.

—¡Silencio, gusano! Has de saber que tres expediciones de conquista ya han sido enviadas a Cuba, en los años 1849, 1851 y 1854. En ellas hemos participado con nuestro dinero todos los hombres ilustres del Sur. ¡Porque nosotros conquistaremos el resto de América! Desgraciadamente las tres expediciones fracasaron, pero has de saber también, condenado perro, que los embajadores norteamericanos en Inglaterra, Francia y la propia España han lanzado el Manifiesto de Ostende, en el que se declara que, si España no vende Cuba a Estados Unidos a un precio razonable, este último país estará autorizado a tomarla por la fuerza[10]. También fue nuestra la idea de enviar a William Walker para conquistar Nicaragua. Y en el breve tiempo en que fue presidente de ese país, proclamó bien claramente que su idea era introducir la esclavitud y el tráfico de esclavos[11]. ¡Eso es hablar claro!

Bart Kennedy dijo suavemente:

—Y tan claro…

—Y ahora te hablaré de nuestra asociación —dijo Pollard sin hacerle ningún caso—. Puesto que puede que mueras a sus manos, harás bien en conocerla. Y si te arrepientes incluso es fácil que tengas cabida en ella.

Kennedy se encogió de hombros.

—Eso depende de las circunstancias —dijo—. ¿Hay chicas?

—Merecerías que te ahorcara aquí mismo —barbotó Pollard.

—¿Delante del gobernador?

—Eso es lo único que me detiene —masculló el político.

—Pues si no estuviese el gobernador puede que te detuviera otra cosa —dijo Bart Kennedy con voz silbante.

¿El qué?

—Mis puños.

Pollard decidió no hacer caso de aquella velada amenaza, aunque pensó que, realmente, entrar en contacto con aquellos puños no debía resultar demasiado agradable.

Y su voz espesa continuó:

—En los estados algodoneros de Luisiana y Mississippi, así como también en Texas, se ha constituido una asociación para luchar por todos estos ideales. La asociación se llama Los Caballeros del Círculo de Oro.

Bart Kennedy rió silenciosamente.

—¿Y qué significa ese círculo de oro? —susurró—. ¿Significa quizá que todos lleváis un anillo colgando de las narices?

—El círculo de Oro —barbotó Pollard— es el símbolo de los nuevos estados esclavistas que han de formarse en torno al Caribe y el golfo de México. Si supieras geografía y tuvieras imaginación, verías que eso dibuja más o menos un anillo.

Bart Kennedy volvió a reír.

—Sé incluso que habéis hecho campañas de propaganda en Carolina del Sur —murmuró.

—Me estoy dando cuenta de que te haces el tonto, pero que sabes demasiadas cosas.

Bart pasó por alto aquella peligrosa observación.

—¿Y qué es lo que pedíais en Carolina del Sur? —preguntó—. ¿De qué hacíais propaganda?

—Pedíamos que se reanudara el tráfico de esclavos a gran escala porque eso supondría un gran beneficio para la raza africana.

—¿Qué beneficio? ¿El de morir en los barcos?

—Tú no sabes nada de eso, condenado gusano. Si lo que pedimos no fuera razonable, no habría invertido en nuestro favor el gobernador James H. Adams. Y el gobernador James H. Adams abogó abiertamente por la reanudación de la trata de negros. «¿Dejaremos a África sumida en su barbarie, arruinando también a Europa y América?», —preguntó—. Y has de saber otra cosa, perro. El gobernador Wickliffe, de Luisiana, ha dicho también: «Debemos estimular la trata de esclavos. Es justo y equitativo que los estados norteños reconozcan los inmutables principios del derecho natural y no se opongan a que el Sur extienda su institución a regiones tan evidentemente marcadas por el dedo del destino para su ocupación». Y el senador Alexander Stephens ha resumido nuestra aspiración diciendo categóricamente: «¡Hay que traer más esclavos de África!».

Bart Kennedy había escuchado todo aquel discurso sin pestañear.

Y cuando Pollard acabó, él aplaudió discretamente mientras murmuraba:

—Bravo, bravo… Eso está muy requetebién.

Lo mismo Pollard que el gobernador le miraron con odio.

Se daban cuenta de que aquel hombre no podrían convencerle. La verdad era que habían luchado para lograrlo, pero era inútil.

—Te hemos hablado de buena fe —dijo Pollard—. Nuestra causa es justa. Si quieres podrías entrar en nuestras filas, porque eres un elemento valioso. Pero te juramos que no vas a tener ninguna oportunidad.

Bart Kennedy chascó dos dedos.

—Tampoco la he pedido —dijo suavemente.

Sus ojos despedían un acerado brillo.

Sus dos interlocutores notaron que era un hombre dispuesto para la acción, un hombre dispuesto a todo.

—Vosotros habéis puesto las cartas boca arriba —dijo—, y por tanto quizá convendrá que yo haga lo mismo. Empezaré diciéndoos que amo esta tierra y por lo tanto amo el Sur. Justamente porque lo amo quiero que desaparezca de él la mancha indigna de la esclavitud. El Gobierno federal conoce la existencia de los Caballeros del Círculo de Oro, como la conocía yo antes de que me hablaseis. Porque cuando vine a Texas sabía exactamente con qué iba a encontrarme. Justo porque lo sabía acepté las órdenes —masculló Pollard.

—Que la organización de los Caballeros del Círculo de Oro debía ser desecha. Que esa organización está preparada para la guerra civil y por lo tanto debe ser aniquilada. Además estáis preparando una guerra de conquista contra los vecinos. Vuestra locura puede traer males consecuencias que el Gobierno federal está decidido a acabar con ella. Tal vez algún día tengan en Washington vuestras mismas desdichadas opiniones. Pero por el momento eso no es así, y en consecuencia estáis de más en este país. Eso fue lo que ordenó el Gobierno: que os convenciera o que os aniquilara. Puesto que vosotros habéis hablado con claridad, yo también lo he hecho.

Después de estas palabras hubo un hosco, un espeso, un angustioso silencio.

Después de lo que había dicho Bart Kennedy, las posiciones ya estaban bien delimitadas.

O tenía que matar o tenía que morir, ésa era la única disyuntiva para Bart Kennedy.

—Yo no me mancharé las manos de sangre —dijo Pollard tras aquel espeso silencio—, porque soy un político y no un asesino. Pero no me hago responsable de lo que pueda ocurrir.

—Siempre hay asesinos dispuestos a servir a los políticos —dijo Bart Kennedy en un susurro—. Siempre los hay aunque ellos no los contraten directamente.

El gobernador le miraba de soslayo.

—Una cosa, federal —dijo con voz áspera—. Debes saber que no cuentas con mi protección y que no me hago responsable de lo que pueda ocurrir.

—Nunca he necesitado la protección de los gobernadores, —susurró el joven—. Nunca he necesitado su ayuda, maldita sea.

Pollard dijo sin mirarle:

—Pues entonces tal vez necesitarás la ayuda de los sepultureros.

Bart Kennedy no contestó.

Entendía perfectamente aquellas amenazas.

Dirigió a los dos hombres una mirada cargada de indiferencia, como si no significaran nada para él, y salió de la habitación.

CAPÍTULO VI

HAY QUE QUEDAR BIEN CON LAS DAMAS

Bart Kennedy sabía que era un condenado a muerte, pero no lo lamentaba. Desde que aceptó aquella misión para venir a Texas, sabía que aquello iba a acabar mal. No se puede luchar contra docenas de asesinos que además están amparados, o al menos, por los propios gobernadores.

Pero esperaba que su muerte no sería en vano.

Antes vengaría a todos los que había visto caer para siempre.

Una cosa le remordía en la conciencia, y era el mal trato que había dado a Nora Wingate. La muchacha estaba ignorante de los manejos de su padre, puesto que no podía ver lo que sucedía en torno suyo. Y por lo tanto no merecía el trato que él le había dado.

Bart Kennedy estaba seguro de que él iba a morir.

Por lo tanto no quería irse al otro barrio con aquel peso en la conciencia.

Y resolvió ir a ver a Nora Wingate por última vez.

Resolvió despedirse y quitarle aquel mal sabor de boca.

«Hay que quedar bien con las damas —pensó—, porque luego, a lo mejor, te las encuentras en el otro mundo».

Y a la noche siguiente, después de un día de insólita calma (en el que pensó que debía estar fraguándose la tormenta) tomó un caballo y se dirigió a la fabulosa finca de los Wingate.

En el cielo flotaba una magnífica luna, una luna blanca y tejana.

Bart Kennedy iba alerta porque pensaba que en cualquier momento podía surgir la emboscada. Pero sin embargo silbaba una alegre cancioncilla para no perder el buen humor.

Vio soberbiamente iluminadas las ventanas de la residencia de los Wingate.

Se oían los acordes de los violines.

Daba la sensación de que se estaba celebrando una fiesta, una de aquellas fiestas que dieron fama de elegante y romántica a la vieja aristocracia del Sur.

Bart Kennedy tragó saliva.

Aún le parecía ver las cabezas flotando en el río.

Bonita aristocracia…

Mientras ponía su caballo al paso, se preguntó qué debe ría hacer. ¿Presentarse de pronto allí y empezar a disparar contra las lámparas? ¿O entrar discretamente, procurando que nadie le viese, y tratar de llegar hasta la habitación de Nora para darle una explicación?

Fue ésa la decisión que adoptó.

Pero no hizo falta.

De pronto detuvo el caballo con un tirón de riendas, sorprendido ante lo que veía.

Nora Wingate estaba allí.

Sentada sobre la hierba, junto a un riachuelo, oyendo el suave rumor del agua.

El joven se apeó del caballo.

Ella le había oído.

Murmuró:

—¿Quién es usted?

El joven se había despojado respetuosamente del sombrero, aunque sabía que era un gesto inútil porque ella no podía notarlo.

—Soy Bart Kennedy —musitó.

—¡Tú…!

—Ya sé que no tienes buenos recuerdos de mí —dijo—, y no te falta razón. Por eso he venido.

—Más valdría que te fueras inmediatamente.

Bart no lo hizo.

Al contrario, se sentó junto a ella.

Nora Wingate lo notó por el leve tintineo de las espuelas.

—Te he dicho que te vayas… —barbotó con voz ronca.

—Sólo quería pedirte perdón. No creo que eso pueda negársele a nadie.

La muchacha guardó un confuso silencio.

Sin duda no sabía qué pensar. Sus dedos jugueteaban nerviosamente con la hierba.

Bart Kennedy aprovechó aquel silencio para hacer menos tenso el ambiente. Murmuró:

—¿Cómo es que no estás en la fiesta?

—No es ninguna fiesta.

—¿Cómo que no? Las ventanas están muy bien iluminadas y oigo los violines…

—Mi padre suele escuchar un concierto después de cenar. Tiene alquilado un cuarteto de cuerda que viene todas las noches.

—Hum… Vive como un sultán. ¿Y tú no asistes?

—Prefiero estar sola. Y a él en verdad, es que tampoco acaba de gustarle mi compañía.

—¿Cree que le reprochas su vida?

—Yo no reprocho nada.

Las palabras habían sido pronunciadas casi con dureza. Bart Kennedy desvió la mirada.

—¿Y tu madre? ¿Qué dice a esto tu madre? —susurró.

—Mamá murió hace años.

—¿Y con quién vive tu padre?

—¿Qué quieres decir?

—Nada, nada… Pero el honorable Wingate me parece un hombre a quien no le gusta que le falten las chicas.

—Eso no es asunto mío —susurró ella con voz tensa—. Nunca me he metido en su vida privada, en parte porque no puedo ver nada de lo que hace. Y si lo que pretendes es seguir por ese camino, insultándole continuamente…, ¡márchate!

Bart Kennedy comprendió que ella tenía razón. Así no iba a pedirle perdón ni a dejarla con buen sabor de boca.

—¿Hace mucho que estás ciega? —preguntó cambiando de táctica.

—Cuatro años.

—Perdona, quizá no te guste hablar de esto.

—¿Y por qué? Ni me gusta ni me disgusta. Sólo sé que las desgracias no se arreglan guardando silencio en torno a ellas.

—¿Qué fue lo que te ocurrió?

—Yo estaba en una cabaña, visitando a un colono enfermo,

cuando esa cabaña se incendió. No fue casualidad, sino un acto criminal. Unos enemigos de mi padre lanzaron varias antorchas tratando de cortarme la salida. Fue uno de los momentos más horribles de mi vida… El más horrible quiero decir… a me vi quemada viva. El enfermo que estaba visitando no pudo huir y cayó entre las llamas… Nunca lo olvidaré…

Sus ojos se habían puesto turbios.

Por debajo de sus pupilas sin luz revivía otra vez aquella espantosa tragedia.

Bart musitó:

—No me gusta hablar de esto, Nora. ¿Pero cómo te salvaste?

—Verás, yo… Yo traté de sacar de entre las llamas a aquel hombre… Y entonces cayó sobre mí una brasa encendida del techo. La oí caer y cometí el error de levantar la cabeza… Las chispas llameantes se hundieron en mis ojos. Al principio también me quedó marcada la frente, pero con el tiempo las quemaduras se fueron borrando. En cambio los ojos… Con los ojos fue distinto. Me estoy tratando con diversos oculistas que me han dado esperanzas, y ahora veo ya pequeños contornos de luz, mientras que antes no veía nada… Tal vez recobre la vista, o mejor dicho sé que seguramente la recuperaré, pero por el momento no distingo a ninguna persona. No sé cómo eres tú, no sé cómo es mi propio padre…

Bart Kennedy tragó saliva penosamente.

Se daba cuenta de la tremenda situación de la muchacha.

Se daba cuenta del mundo de engaños, de sorpresas, de horrores en que ella vivía.

Susurró:

—Pero si en aquel momento quedaste ciega… ¿Cómo pudiste salir? ¿Cómo conseguiste salvarte?

—No me salvé yo. Fue una mujer la que lo hizo.

—¿Qué mujer?

—Una blanca, naturalmente.

Y Bart Kennedy creyó notar un cierto orgullo racista en la entonación de la muchacha.

Pero pasó aquello por alto.

—¿Una blanca? —susurró—. Bueno, fuera quien fuese debió jugarse la vida.

—Y tanto que se la jugó. Tuvo que introducirse entre las llamas con una manta para no resultar abrasada ella misma. No sé ni cómo pudo sacarme. Fue una heroína por dos motivos, ya que no sólo se jugaba la piel entre las llamas. Los hombres que habían incendiado la choza también dispararon contra ella para que no pudiera salvarme. Y la hubieran matado de no haber acudido en aquel instante unos jinetes a las órdenes de mi padre, que dispararon desde lejos. Como tenían rifles de buena calidad, acabaron con los asaltantes. Eso fue lo que me salvó la vida, además del heroísmo de aquella pobre mujer.

—¿Y qué fue de ella? ¿Era rica? ¿Era pobre? ¿Dónde vive ahora?

—No creo que eso tenga la menor importancia para ti —dijo suavemente Nora Wingate.

—Es simple curiosidad. Si no quieres, no me contestes.

—No hay inconveniente en que te lo diga —murmuró la muchacha—. Esa mujer era una joven muy pobre. Tan pobre como los esclavos de mi padre, pese a lo cual no vaciló en salvarme, cosa que las negras no hubieran hecho, porque las negras son como animales que no tienen ninguna iniciativa.

Era un verdadero alegato racista el de Nora Wingate.

Pero Bart Kennedy decidió también ignorarlo.

—¿Y qué ha sido de ella? —susurró.

—Vive en una casa no lejos de aquí. Tiene todo lo que le hace falta. Yo voy a visitarla con frecuencia. Incluso no le faltan joyas. Vive con comodidad y con lujo.

—¿Y por qué crees que una negra no te hubiera salvado igualmente caso de estar allí? —preguntó Kennedy con suavidad.

—Si preguntas eso es que no conoces a las negras —dijo ella con desprecio—. No sirven para nada. Yo no soy partidaria de la esclavitud, pero también pienso que esas mujeres no pagan ni siquiera lo que comen.

—Pues trabajan como bestias de sol a sol —murmuró Kennedy.

—Trabajan como lo que son.

Bart Kennedy apretó los puños.

Aquella muñequita ya le estaba cargando.

Se levantó mirándola con rabia.

—Mira, nena —barbotó—, había venido a pedirte perdón por lo que hice contigo, pero me parece que me quedé corto. Tu padre es

un asesino, y tú en cambio quizá seas una buena chica en el fondo. Pero los dos tenéis las mismas ideas estúpidas sobre las diferencias de color. La maldad y la bondad, la inteligencia y la estupidez están muy bien repartidas entre todos los seres humanos, preciosa. Hay blancos más salvajes que los negros, como también reconozco que hay negros capaces de comerse a su padre. Pero no se puede juzgar a las personas sólo por el color de su piel. Si a ti te salvó una mujer blanca, también pudo hacerlo una negra. Por lo me nos, no has de creer lo contrario.

—¡Yo sé bien lo que digo! —contestó ásperamente Nora—. Esa mujer blanca, además de salvarme entonces, me ha visitado luego durante mis enfermedades, me ha cuidado, me ha querido como la madre que no tengo. ¿Qué negra haría eso? ¡Dime! ¿Cuál de ellas se preocuparía por mí? ¡Lo único que les importa es cantar canciones nostálgicas y echar hijos al mundo!

—Los cuales, a su vez, también serán esclavos —murmuró tristemente el joven—, aunque sus honorables padres hayan sido blancos.

—¡Márchate! —dijo ella despectivamente—. ¡Fuera de aquí! ¡Estás atacando los fundamentos de nuestra sociedad! ¡Estás tratando de hundir las bases del mundo en que vivimos!

—Desgraciadamente las bases de ese mundo serán destrozadas a cañonazos —murmuró Bart Kennedy—, y me temo que eso no ha de tardar.

—¡Vete!

—¡Claro que me voy! —dijo Bart Kennedy rabiosamente—. ¡Y si vine a pedirte perdón, ahora me arrepiento de eso! ¡Quédate con tus prados verdes y con tus esclavos negros, sucia cortesana! ¡Y ojalá te pudras entre ellos! ¡Ojalá te canten un funeral con música de *jazz*!

El oírse llamar «sucia cortesana» fue algo que Nora Wingate no pudo soportar.

Hubiera saltado sobre el joven para abofetearle, pero no sabía dónde estaba.

Gimió:

—¡Vete, maldito perro! ¡Vete! ¡Vete! ¡Vete…!

Estaba al borde del ataque de nervios.

No podía más.

Y entonces una voz dijo desde las sombras:

—No se preocupe, señorita, porque este tipo se quedará. Pero para siempre…

CAPÍTULO VII

LOS CUCHILLEROS

Bart Kennedy volvió la cabeza.

No se inmutó demasiado, ya que desde el momento en que se acercó a la casa de Wingate sabía que el peligro tenía que llegar. Pero la verdad era que no lo esperaba en este momento ni en esta situación.

Sus labios se fruncieron casi imperceptiblemente.

Vio a los dos hombres.

Tenían aspecto de pistoleros a sueldo, llevaban revólveres y le estaban apuntando ya a la cabeza.

El joven se dio cuenta de que no tenía ninguna oportunidad.

Estaba bien listo. Se había descuidado hablando con la muchacha, y ahora no iba a poder reaccionar.

Lo peor era que no tenía disculpa.

Había sido lo bastante idiota para confiarse sabiendo que estaba en terreno peligroso.

Uno de los pistoleros dijo:

—Reza hermano. No te va a quedar tiempo para otra cosa.

Bart Kennedy pensó que aún era demasiado pronto para rezar. Decidió jugarse la última carta, aun sabiendo que iba a morir. Pero buscó la oportunidad de morir matando.

Fue a moverse.

Y en aquel momento sonó la voz alterada de Nora Wingate:

—¿Qué vais a hacer?

—Somos empleados de su padre, señorita. Este hombre es un enemigo y debemos acabar con él.

—¡No vais a acabar con nadie!

—Son órdenes de su padre, señorita Wingate, y pensamos cumplirlas.

La voz de Nora sonó seca como un trallazo.

—¡Os acusaré de asesinato si lo hacéis! ¡Conozco vuestras voces! ¡Matad a este hombre, pero os juro que compareceréis ante el juez! ¡No es lo mismo asesinar a un blanco que a un negro! ¡Y sabéis muy bien que mi padre no querrá líos y no tratará de salvaros!

Bart masculló:

—Mira, chata, no trates de ayudarme. Yo me encargaré de demostrarles quién tiene razón…

Pero notó que los dos pistoleros vacilaban.

Debían saber por experiencia que el honorable Wingate no se ensuciaba las manos en según qué asuntos y seguramente les dejaría morir en la horca.

Nora insistió:

—¡Vuestros revólveres! ¡Quiero vuestros revólveres!

Se notaba que era una mujer acostumbrada a mandar, una mujer que había mandado desde que nació.

Nora insistió:

—¡Pronto! ¡No me hagáis perder la paciencia ni tratéis de engañarme! ¡Vuestros revólveres ahora mismo!

Bart Kennedy pensó:

«Menuda fierecilla… ¡Y cada vez está más guapa la condenada…!».

Pero los dos granujas debieron pensar que la cosa se ponía fea y obedecieron. Uno tras otro fueron poniendo los Colt en las manos de Nora Wingate.

Ésta gritó:

—Y ahora… ¡fuera de aquí! ¡Fuera de aquí los tres, miserables perros!

Los tres se alejaron. Pero antes de que se fueran, Nora Wingate volvió a ordenar:

—¡Tú, Kennedy, dame tú revólver también! ¡Están desarmados y no quiero que aproveches para matarles a ellos!

—¿Me tomas por un asesino?

—¡Te tomo por lo que eres!

El joven pensó que a aquella ninfa no había quién se le

resistiese. Ni en aquel aspecto ni en otros. De modo que son rió y le puso también el Colt en la mano.

—Algún día aprenderás que no soy un asesino, nena —dijo—, pero de momento aquí tienes esto.

Y se alejó.

Los dos granujas se habían ido en dirección opuesta.

Bart Kennedy pensó que la cosa había terminado allí.

Montó en su caballo y se alejó a poca velocidad, pero al pasar por una vaguada se dio cuenta de que había confiado demasiado en la buena fe de los otros.

De pronto vio que saltaban hacia él.

Un asesino por cada lado.

Los dos empuñaban machetes que brillaban tétricamente a la luz de la luna.

Y en aquel brevísimo instante, Bart Kennedy lo comprendió todo como si hubiera dispuesto de una hora para pensar. Los dos granujas llevaban machetes remetidos en las botas, y ni él lo había visto ni Nora Wingate lo había notado. Ahora iban a matarle en silencio. Iban a matarle con arma blanca, sin que Nora Wingate se enterase.

A duras penas pudo esquivar la primera cuchillada del tío que venía volando hacia él.

Pero perdió el equilibrio y cayó de la silla.

Los tres rodaron por el suelo, en el fondo de la vaguada. Se movieron con velocidad de serpiente sobre Bart Kennedy. El sí que ya no podía contar con ningún arma.

Los dos se lanzaron sobre él.

Uno por la derecha, otro por la izquierda.

La escapatoria hubiera sido casi imposible para un hombre normal, pero no para Bart Kennedy. Éste dio una vuelta de campana hacia atrás, una vuelta que hubiera envidiado un trapecista.

Los cuchillos se cruzaron en el aire.

Los dos enemigos lanzaron al unísono una maldición.

Bart había caído sobre sus dos pies y no se estuvo quieto ni una décima de segunda. Disparó la bota izquierda contra los riñones del más cercano de sus enemigos, que estaba vuelto de espaldas y miraba desorientado frente a sí.

El impacto fue de los que le pone a uno el hígado por corbata.

El cuchillero cayó a tierra, revolviéndose, mientras su compañero se lanzaba hacia Bart.

Éste no se fue hacia atrás.

Al contrarío, hacia delante.

¡Décimo de caballería, a la carga…!

El cuchillero se quedó asombrado al notar que su enemigo no sólo no retrocedía, sino que pasaba al ataque. Eso le desorientó en el primer momento. Se lanzó a fondo creyendo que Bart le esquivaría por la izquierda y pensando cazarlo en plena maniobra, pero el joven le esquivó por la derecha.

Su enemigo pasó junto a él con la velocidad de una locomotora.

Bart le sujetó ágilmente por la muñeca, tirando de ella hacia arriba y luego hacia abajo. El movimiento resultó fulminante. El brazo de su enemigo se partió en dos trozos mientras tenía que soltar el machete.

Bart Kennedy lo recogió en cuestión de segundos e hizo un rapidísimo movimiento con él.

Fue visto y no visto.

Su enemigo lanzó apenas un estertor al notar que se lo hundían en el pecho.

El otro ya se revolvía.

Se daba cuenta de la situación y se disponía a lanzarse al ataque.

Pero Bart Kennedy fue más rápido.

Lanzó el machete con un seco movimiento, evidenciando una maestría que su enemigo estaba lejos de tener. Se oyó al instante un segundo estertor agónico.

La hoja de acero se había hundido hasta las cachas bajo el hombro izquierdo de su segundo enemigo.

Éste se tambaleó antes de caer. Y al desplomarse de bruces no hizo sino afianzar más el hundimiento del cuchillo en su cuerpo.

Bart Kennedy se pasó una mano por la frente.

Cuerno, había matado a dos hombres en menos de treinta segundos.

Claro que le habían entrenado para eso.

El era un perro asesino, de acuerdo.

Un perro asesino al que el propio Gobierno sacrificada cuando ya no sirviese.

Pero ¿qué pensaría Nora Wingate al saber que los había matado

a los dos?

Eso era lo que más le preocupaba por el momento.

Y se extrañó al comprobar lo mucho que para él significaba la opinión de la muchacha. ¿Qué diablos le pasaba? ¿Es que iba a enamorarse de aquella racista, de aquella orgullosa señorita del Sur?

¡Bah! ¡Al diablo!

Ella le había salvado la vida, pero… ¡Al diablo otra vez!

Se frotó las manos y pensó que ahora iba a ocuparse del honorable Wingate.

Le chafaría los violines contra la cabeza.

Le aguaría la fiesta…

CAPÍTULO VIII

LA BUENA VIDA DEL SEÑOR WINGATE

El joven se acercó a la casa, cuyas ventanas seguían radiantemente iluminadas. El sonido de los violines era más delicado y suave que nunca. Toda la poesía y la dulzura del Sur parecían haberse concentrado en aquella casa blanca, rodeada de maravillosos prados verdes, y a la que la luna arrancaba románticos reflejos.

Pero Bart Kennedy no se dejaba engañar por las apariencias.

Detrás de todo aquello había mucha basura.

Muchas muertes.

Y lo peor que aún vendrían más, porque la guerra se estaba haciendo por semanas más inevitable.

El joven decidió entrar por una de las ventanas.

Le daría el gran susto a Wingate. ¡Vaya si se lo daría!

Haría que de aquella digestión se acordara mientras viviera. Que seguramente sería poco tiempo.

Pero en el momento en que acercaba silenciosamente a la casa, sin ser notado por nadie, vio a aquella muchacha negra. Y le pareció tan bonita, tan perfecta, que en el primer instante quedó paralizado.

Hay que hacer notar una cosa.

El inteligente lector ya la habrá notado.

A Bart Kennedy le gustaban todas.

Blancas, negras, amarillas y hasta pieles rojas.

Era en este aspecto lo que se dice un tipo peligroso.

Pero le gustaban mucho más las blancas que las negras, y el hecho de que se quedara paralizado mirando a ésta fue algo

verdaderamente excepcional.
Pero es que realmente era perfecta.
Quizá tendría unos veinte años. Y no tenía las facciones de una negra, sino las de una blanca.
Nada de narices achatadas ni de labios prominentes.
Muchas mujeres blancas habrían dado dinero por tener aquel perfil tan perfecto.
Ella caminaba por las cercanías de la casa, pero más bien daba la sensación de que iba alejándose de ella.
No había notado la presencia de Bart Kennedy.
Porque Bart Kennedy, cuando espiaba a alguien era una especie de puma.
Ni siquiera respiraba.
Y aunque el joven tenía un proyecto muy concreto, que era fastidiarle la digestión a Wingate, se olvidó de tan caritativo propósito al ver moverse a aquella escultura viviente.
¿Qué se le va a hacer?
Cuando Bart Kennedy veía a según qué clase de chicas, se olvidaba de que era un federal.
Se olvidaba de todo.
Estaba como alelado.
La siguió en silencio.
Sabía que nunca sería suya, y sin duda no pasó por su cerebro ni el remoto pensamiento de llegar a intentarlo.
Pero eso no impedía que le gustara verla.
Ya estaba lejos de la casa.
Ella no iba por el sendero, sino a través de un prado maravillosamente verde.
Bart Kennedy, a pesar de la luna que lo iluminaba todo como si fuese de día, seguía pasando desapercibido porque estaba detrás de unas matas de flores.
Nunca supo los minutos que había estado detrás de aquella muchacha.
No sabía si eran minutos o horas.
Pero todo aquello era ridículo.
¿Qué ganaba él mirando a la chica?
Fue a alejarse.
Y en aquel momento sucedió algo. En aquel momento vio venir

a Wingate.

Su aparición le pareció algo Irreal, aunque no podía ser más lógica, puesto que estaba en los terrenos de su finca.

La verdad era que Bart no esperaba verle por allí.

Tuvo la sensación de que venía de la casa y de que estaba un poco alegre.

Wingate también había visto a la muchacha.

Fue en línea directa hacia ella.

La muchacha le vio también y se estuvo quieta.

Quizá hubo en sus labios un fruncimiento de repulsión, pero la verdad fue que se estuvo quieta.

Wingate fue hacia ella y le dio un par de manotazos de lo más precoz que Kennedy había visto.

Ella seguía estando quieta.

Luego Wingate la besó en la boca.

Se comportaba como su dueño y como si ella fuera una esclava.

Bueno, realmente así debía ser.

Aquel cerdo de Wingate iba excitándose más y más.

Dobló brutalmente a la chica, sin que ella se opusiera resistencia.

Más bien daba la sensación de que estaba resignada a todo, de que lo aceptaba como quien acepta una fatalidad inevitable.

Bart Kennedy pensó: «Pero ese cerdo… ¿Pero…, pero es que va a suceder aquí?».

En efecto, Wingate no tenía manías.

Se comportaba como un perro en celo.

Y Bart Kennedy pensó que era un buen momento para matarle, un buen momento para demostrarle que la buena vida se termina alguna vez.

Pero no quiso hacerlo. Sentía tanta pena y tanto asco al mismo tiempo que se alejó de allí.

Como un sonámbulo…

Capítulo IX

UNA EXTRAÑA MUJER

El antiguo marino, a quien Kennedy había pagado la bebida ya una noche, fue quien le informó. Aquel tipo lo sabía todo de todo, y aunque siempre estaba borracho conservaba más cordura que muchos de los que no beben, Al ver a Bart Kennedy se levantó de la mesa en que estaba medio tumbado, y se acercó a él.

—Hola, amigo… Espero que te zampes al menos una botella de *whisky*.

—Creo que lo necesito —susurró el joven—. Nunca he tenido tantas ganas de beber como ahora.

—Hum… Pues en eso te pareces a mí.

—Quedas invitado. Y mientras bebemos, quizá me puedas contar una cosa.

—Yo conozco aquí a todo el mundo, aunque no lo parezca. ¿Qué quieres saber?

—Algo sobre Wingate.

—Hum… De ese tío sólo se pueden contar cosas feas.

—Quiero saber un asunto de mujeres.

—Je, je… De eso se podría estar hablando un día entero. Tiene muchas. Como es viudo, nadie le pone el freno, y además su hija no se entera de nada.

—¿Siempre mujeres blancas?

El otro le miró extrañado.

—¿Por qué preguntas eso? ¿Qué importancia tiene?

—Contéstame, por favor.

—Sí. Siempre mujeres blancas.

—¿Ninguna negra?

—Bueno, él considera poco distinguido ir con mujeres negras, pero también le gustan. Ha hecho algunas canalladas con esclavas muy jóvenes, aunque en seguida las abandona. Sólo tiene debilidad por una negra. Una sola a la que conserva de una manera fija.

Bart Kennedy parpadeó.

Recordaba la escena de la noche anterior como si la estuviera viendo ahora. La recordaba con una especie de pena y de náusea difícil de definir.

—¿Quién es? —dijo.

—No sé su nombre, pero es una auténtica belleza. Incluso tiene el perfil de una perfecta mujer blanca.

—Entonces es la misma —dijo el joven con un soplo de voz.

—¿Qué pasa? ¿La has visto?

—Sí. Y me dio la sensación de que aceptaba a Wingate, pero sentía asco de él.

El antiguo marino sonrió y miró con fijeza a Bart Kennedy mientras decía:

—¿Asco? No lo creas. Es una mujer realmente extraña…

CAPÍTULO X

UNA AMARGA HISTORIA

—¿Extraña? —musitó Bart Kennedy entrecerrando los ojos—. ¿Por qué?

Cada vez le interesaba más aquella historia, aunque comprendía que no había razón para ello. Era un asunto al margen. Un asunto en el que no podía entrar ni salir. Pero sin embargo, y aunque no sabía bien por qué, esperó anhelante la respuesta.

—Esa chica no es una esclava —dijo el otro—. Es libre.

—¿Pero entonces por qué…, por qué…?

—Eso es lo extraño de la historia.

—Entonces es una zorra…

—No lo creo. No va con ningún hombre más.

—En tal caso, el cerdo de Wingate debe pagarle muy bien.

—Hum… Me parece que te equivocas.

—¿Qué quiere decir?

—Que no le paga nada.

—¿Qué dices? —barbotó—. ¿Es que ella lo acepta voluntariamente?

—Pues…, sí.

—¿A pesar de la brutalidad con que la trata?

—Tú debes saberlo, si lo has visto… En fin, ésa es la historia. Y repito que la chica no es una esclava.

—¿Cómo es posible que no lo sea? Todas las negras lo son aquí.

—Cierto, pero algunas son vendidas. ¿Y qué pasa si su nuevo dueño les quiere dar la libertad? Es un caso que ocurre muy pocas veces, pero también se da. A esa muchacha la vendió un capataz de

Wingate junto con otros esclavos demasiado jóvenes porque pensó que estaban enfermos, en lo cual se equivocaba. Y a esa negrita, que entonces tendría dieciséis años, la compró Bora, un gigantesco negro que había sido libertado dos años antes y que se quedó arruinado con aquella compra. La gente pensó que la quería para convertirla en su concubina, como es usual aquí, pero se equivocaron. No le tocó ni un pelo de la ropa. Simplemente le preguntó si quería casarse con él. La chica no contestó. O tal vez le pidió un día para pensarlo, a pesar de que el pobre Bora tenía todos los derechos. Pero no transcurrió un día, sino tres. Y al cabo de esos tres días, la chica se había convertido en la manceba de Wingate.

Aquello era una sucia, una asquerosa traición.

Aquél podía ser un claro ejemplo de la inferioridad de una raza.

Lo único que dijo fue:

—Condenada zorra…

CAPÍTULO XI

EL SALOON DE LAS DESDICHAS

Cuando Bart Kennedy salió de aquel tugurio, sentía que la cabeza le daba vueltas. No era sólo por el licor que había bebido —y había bebido bastante—, sino por la rabia que le producía recordar aquella historia. Porque tal vez Wingate tenía razón: los negros sólo servían para la esclavitud.

El tugurio del que salía daba a un callejón estrecho en el que era fácil cualquier emboscada.

Por eso Bart Kennedy estaba atento.

Daba por descontado que tratarían de matarle a no tardar mucho.

Había recuperado ya su revólver, después de la pelea con los cuchilleros, y mantenía la derecha cerca de la culata. Pero aún así no pudo evitar aquella sensación de que estaba perdido y de que había caído por fin en una trampa. Fue todo veloz como un parpadeo.

Alguien se había abalanzado sobre él.

Había surgido de las sombras como un fantasma.

Bart Kennedy no pudo preverlo.

Por primera vez quedó desorientado. Chocó contra la pared del otro lado del callejón, y cuando sacó el revólver se dio cuenta de que ya era demasiado tarde.

Su enemigo tendría tiempo de matarle.

Le había sorprendido del todo.

Pero la incredulidad asomó a los ojos del federal cuando se dio cuenta de que el otro no hacía nada por sacar el Colt. En realidad,

iba desarmado y se tambaleaba también.

Daba la sensación de estar herido.

O borracho.

Sí, debía ser eso. Aquel negro joven y gigantesco estaba bebido como una cuba. No sabía dónde ponía los pies, y al intentar despegarse de la pared había tropezado con Bart Kennedy.

Balbució:

—Perdone, señor.

El federal encajó de nuevo el revólver en la funda.

—Se ha librado de una bala por milagro, amigo —susurró.

—¿También a usted le molesta que le toque un negro? —susurró el desconocido.

—No es eso; es que creí que se trataba de una trampa.

—Señal de que tiene muchas cosas que temer, señor.

—Cierto. Y a veces pienso que si estoy vivo es sólo por milagro.

El negro trató de sonreír, aunque tenía esa sonrisa confusa del que no sabe muy bien qué terreno pisa.

—Está bien, señor —dijo—. Perdone. Le deseo que no le maten al menos hasta la semana que viene.

Y fue a pasar.

Bart Kennedy se dio cuenta de que iba cubierto de harapos.

Pese a su juventud y su fortaleza, era un hombre que daba pena.

Bart susurró:

—No deberías beber tanto, amigo. Vas a acabar destrozándote.

—¿Y qué voy a hacer?

—No sé cuál es tu problema, y en el fondo no me importa tampoco, pero con el alcohol no se arregla nada absolutamente.

—Y menos con el alcohol que nos sirven a los negros —dijo el otro con expresión cabizbaja—. No en todos los lugares nos quieren servir. Y en los que lo hacen, nos dan auténtico matarratas.

El tipo estaba borracho, pero se despejaba con rapidez. Y había en él algo muy humano y sentimental, algo diferente de los demás, y que le hacía simpático.

Sencillamente, a pesar de su aspecto ruinoso, era un hombre que le entraba a uno.

Y no se sabía bien por qué.

Bart Kennedy musitó:

—¿Eres esclavo? ¿Tu dueño te permite que bebas?

—Ya no soy esclavo, señor. Hace años que no lo soy.
—¿Te compraron y te dieron la libertad?
—Eso fue lo que ocurrió, señor. Tropecé con un hombre bueno.
—Pues deberías estar más alegre.
—Tengo motivos para no estarlo, señor.
—¿Por qué?
—Cosas que le pasan a uno…
—¿Cómo te llamas?
—Bora…
Bart Kennedy sintió una sacudida en los párpados.
—Bora…
—¿Qué tiene mi nombre de extraño, señor?
—No…, no tiene nada de extraño.
—¿Le han hablado de mí?
—Tal vez.
—Entonces le habrán dicho que soy un inútil, un pordiosero y un borracho.
—No, no me han explicado precisamente eso. Pero no hay que hacer caso. Más vale que lo olvidemos los dos.
—Cierto, señor. Más vale olvidarlo. No vale la pena recordar nada de lo que se diga del borracho de Bora.
Bart Kennedy sacó dos dólares del bolsillo.
Y se los tendió al negro.
—Toma, muchacho.
—¿Para qué me da esto, señor?
—Para que bebas. Creo que lo necesitas.
—Hace tiempo que nadie me invita, señor.
—Pues yo lo hago. Tienes motivo para beber. Y con mucho gusto me emborracharía contigo si no tuviera miedo de que nos matasen a los dos. No puedo distraerme hablando.
—Pero ¿qué le pasa, señor? ¿Quién es usted?
Bart Kennedy dijo con voz ronca:
—Un maldito condenado…
Y se largó.
Tuvo la sensación de que Bora no le entendía.
Pero era igual.
No hacía ninguna falta.
El federal hizo crujir sus nudillos y se largó. A causa del mucho

alcohol que había bebido, cada vez tenía la boca más seca. Pero como les ocurre a todos los que están al borde de la borrachera, cada vez sentía más necesidad de beber.

De modo que se metió en otro saloon.

Abundaban en la ciudad y todos debían pertenecer a Wingate o a sus compañeros. Todos estaban relacionados de algún modo con Los Caballeros del Círculo de Oro.

Bart se acodó en la barra y pidió una botella de *whisky*.

Por un momento se había distraído.

Por un momento había estado solo pendiente de la tragedia de Bora.

Alzó la botella para beber a chorro.

Y en este momento, en el reflejo del cristal, percibió aquel movimiento a su espalda.

Lanzó una maldición.

O quizá no llegó ni a lanzarla.

Mientras se volvía, se dejó caer y sacó instantáneamente el revólver, disparando desde media altura.

Fue un gesto impulsivo, uno de aquellos gestos de pistolero que tantas veces le habían salvado la piel.

El hombre que estaba a su espalda ya tenía el revólver preparado.

Y le apuntaba.

Pero no llegó a disparar. Mientras avanzaba un paso, pareció chocar contra un muro de cristal. Un botón rojo se marcó en su frente, haciendo que se le abriera instantáneamente la boca.

El disparo de Bart Kennedy había sido fulminante.

Y el pistolero cayó hacia atrás, volcando una de las mesas, mientras sonaban gritos de horror en el saloon.

Bart Kennedy se dio cuenta instintivamente de que aquél no iba a ser su único enemigo.

Seguro que le habían seguido hasta allí.

Pensaban acorralarle.

La experiencia había enseñado a Bart que en esos casos siempre se coloca un enemigo en la puerta. Por eso dio un brutal manotazo a todas las botellas que había en la barra, a fin de tener el terreno despejado y ver si le apuntaban.

Se produjo un formidable estrépito.

Las botellas saltaron en todas direcciones.

El dueño barbotó:

—¡Eh! ¡Que me destroza el local! ¡Y aún no he terminado de pagárselo al señor Wingate!

El tipo que estaba en la puerta dio un salto.

Había intentado disparar por encima de las botellas, porque él había visto al entrar a Bart Kennedy cuando éste aún no le había visto a él. Pero su estratagema falló cuando aquella nube de botellas saltó por los aires.

El federal disparó raseando la bala.

Su enemigo quedó detenido como el otro, abriendo desmesuradamente la boca. Parecía no entender lo que pasaba.

Y de pronto quedó apoyado en la barra, como un bebedor más, pero con el pecho empapado en sangre.

El dueño gritó:

—¡Váyase de aquí! ¡Me lo pone todo perdido! ¡Al menos haga que le maten en la calle!

—No me han dejado elegir, amigo —susurró Bart Kennedy.

Y se lanzó hacia las escaleras.

Desde allí podría dominar el conjunto del saloon.

Pero no pudo llegar, porque una serie de balas empezaron a perforar los peldaños. Daba la sensación de que le tiraban desde todas partes. Y menos mal que la suerte le acompañó, al ser muy gruesos los barrotes de la baranda.

Éstos le protegieron.

De lo contrario, alguna bala le habría atravesado una pierna.

Los barrotes parecieron ser abatidos por una sierra gigantesca.

Bart Kennedy comprendió que allí estaba perdido, porque ofrecía demasiado blanco. Y no le quedó más remedio que hacer algo que sólo hubiera hecho un borracho como él.

Saltó hacia la gran lámpara que ocupaba el centro del saloon. Su salto fue magistral. Bart hubo de reconocer que sin estar bebido no lo habría dado nunca.

Se sujetó con la mano izquierda a la lámpara, que osciló hacia el lado opuesto.

Desde allí pudo el federal ir disparando contra sus enemigos como años más tarde lo hubiera hecho el piloto de un helicóptero. Claro que también ofreció así un magnífico blanco, pero los

pistoleros que se encontraban abajo estaban aturdidos para reaccionar.

Su asombro duró unos segundos.

Los suficientes para que tres de ellos atravesaran las fronteras del Más Allá.

Bart tuvo que soltarse. No sabía si había más enemigos abajo, pero de todos modos no se podía exponer. Estaba ofreciendo demasiado blanco.

Al soltarse, patinó sobre la barra.

Y fue a chocar contra el gran cristal que había detrás, el cual servía de adorno además a los anaqueles llenos de botellas.

Se oyó un ruido parecido al de un terremoto.

Todo el saloon pareció hundirse.

El dueño barbotó:

—¡Nooooo…!

Pero sus problemas aún no habían terminado.

Un nuevo pistolero bajaba desde el piso superior por los peldaños semidestrozados. Miró en torno suyo para tratar de descubrir a Bart Kennedy.

Pero perdió unos segundos preciosos, porque Bart le vio mucho antes a él. Y le disparó rabiosamente desde la barra donde había quedado medio tendido.

El pistolero se apoyó en la baranda en el momento de ser alcanzado mortalmente.

Y la baranda se vino abajo, así como parte de las escaleras, que no habían podido resistir aquel huracán de plomo.

Otra vez pareció que allí se hubiera desatado un terremoto.

Y otra vez el dueño gritó:

—¡Nooooo…!

Bart saltó como un felino hacia uno de los muertos.

Necesitaba un revólver cargado porque no podía perder tiempo recargando el suyo.

El último de sus enemigos le apuntaba junto a una ventana. Éste parecía tenerle seguro. Y le hubiera tenido caso de disparar más rápido, sin entretenerse tanto buscando dar a Bart Kennedy en un punto vital.

Tenía miedo.

Sabía que si hería solamente a Bart Kennedy éste se revolvería y

le mataría a él, porque el federal, al igual que los jabalíes, era doblemente peligroso estando herido.

Eso fue lo que le hizo perder unos segundos preciosos y lo que dio al joven oportunidad de reaccionar. Eso fue lo que le permitió enviar la bala decisiva cuando el otro no había disparado aún.

El pistolero recibió el impacto en la frente.

Saltó hacia atrás con tanta fuerza que destrozó la ventana. Era lo único que faltaba. Todo un pedazo de pared pareció venirse también abajo.

El dueño volvió a gritar:

—¡Noooooo…!

Pero faltaba el toquecito final.

La enorme lámpara se bamboleaba.

Y terminó cayendo con estrépito, hundiendo las mesas que había en el centro del saloon.

Parecía como si por allí hubiera pasado realmente el décimo de caballería.

Todo estaba hecho polvo.

Hasta la caja se había abierto y el vientecillo que entraba por las ventanas rotas hacía flotar un par de dólares.

Bart Kennedy miró en torno suyo.

El último «obsequio» que le habían enviado Wingate y Los Caballeros del Círculo de Oro, acababa de ser bien recibido. Seguro que la próxima vez aquellos granujas lo pensarían dos veces antes de enviarle aquella clase de saludos.

Pero el federal apretó los puños.

Ya se había cansado de que le atacasen. Ahora, fuese legal o no, iría a buscarlos en su propia madriguera.

El dueño del saloon le miraba aterrado desde detrás de lo que quedaba de la barra.

—¡Eh, amigo! ¿Pero se da cuenta de lo que ha hecho?

—La fiestecita no la he organizado yo.

—Eso…, eso debo reconocer que es cierto.

—Y además todo se arregla con un cambio de nombre.

—¿Qué dice? ¿Un cambio de nombre?

—¿Cómo se llama este antro? ¿No se llama Saloon de las Delicias?

—Sí, eso es.

—Pues ahora le pone Saloon de las Desdichas, y en paz.
Y se largó tan tranquilo, el tío.
Como si no hubiera pasado nada.

CAPÍTULO XII

PLOMO PARA LOS VIVOS Y PAZ PARA LOS MUERTOS

A partir de ese momento, Bart Kennedy tomó una inflexible decisión. Estaba en terreno enemigo y las autoridades se habían vuelto contra él. Si hasta entonces logró salir vivo de cien emboscadas, no era tan ingenuo como para suponer que aquello duraría mucho tiempo más. Terminarían matándole si él seguía dejando la iniciativa a los otros, por respeto a la ley.

Por lo tanto…

¡Al diablo la ley!

El haría lo que tenía que hacer con todos aquellos sucios asesinos, aunque luego le metieran en la cárcel por eso.

Liquidaría a Wingate aunque fuera lo último que hiciese.

Y por tanto decidió pasar al ataque aquella misma noche. Quizá la muerte de Wingate y de los suyos retrasaría la guerra civil, que Bart Kennedy empezaba a creer inevitable.

Sin concederse descanso, se dirigió de nuevo a la casa del millonario y acechó entre las sombras. Pese a lo avanzado de la hora, se tenía la sensación de que allí iba a celebrarse una especie de asamblea, porque habían llegado varios carruajes. Y el federal apretó los labios mientras pensaba que, después de todo, quizá iba a estar de suerte.

Encontraría reunidos allí a la flor y crema de Los Caballeros del Círculo de Oro.

Podría ajustarles las cuentas a todos a la vez.

Se acercó en silencio a la parte posterior de la casa y trepó hasta

el tejado valiéndose de los relieves que adornaban las ventanas. Una vez allí, siguió acechando y haciéndose una composición de lugar.

Al menos había diez personas importantes reunidas, a juzgar por sus carruajes.

Y al menos había también diez pistoleros de escolta, a juzgar por el movimiento que se advertía abajo.

Bart Kennedy buscó una claraboya para entrar.

Por el momento tenía la ventaja de la sorpresa. Nadie le había visto, y sería él quien elegiría el momento del ataque.

Encontró una claraboya en la parte que daba al servicio y entró por ella. Se encontró en un gran cuarto trastero donde había viejos muebles y vestidos pasados de moda puestos en sus maniquíes, los cuales producían un efecto espectral. Bart Kennedy atravesó aquel desván y abrió la puerta del fondo.

Una escalera llevaba al piso inferior.

Se oían algunas voces de mando, sin duda para que los vigilantes se colocaran en sus puestos, así como el ruido de las conversaciones. En el interior de la casa había bastante movimiento. El joven se pegó a la pared y estuvo esperando durante largo rato, hasta que le pareció que la cosa se aquietaba.

Sin duda Los Caballeros del Círculo de Oro ya estaban reunidos.

Bart Kennedy, siempre pegado a la pared, se asomó a las alfombradas escaleras.

Por el pasillo inferior pasaban unas cuantas criadas negras con bandejas de plata. Dejó que desapareciesen y, cuando el silencio volvió a hacerse, comenzó a descender.

Le rodeaba la más absoluta calma.

Ahora tenía la sensación de encontrarse solo en la casa.

Pero se equivocaba en eso como se había equivocado siempre que se confió. Porque detrás suyo, en lo alto de la escalera que él acababa de dejar, estaba uno de los pistoleros contratados por Wingate.

Éste apuntó silenciosamente.

Tenía seguro a Bart Kennedy, cuya cabeza se recortaba en el punto de mira. Cerró los labios con una mueca de placer y apretó el gatillo.

Pero en el momento de hacerlo rodó por las escaleras, mientras lanzaba una salvaje imprecación. Alguien había tropezado con él

por detrás, haciéndole rodar peldaños abajo. Bart Kennedy oyó aquella imprecación y disparó su Colt, contorsionándose fieramente.

El pistolero trataba de alzarse.

Pero se derrumbó definitivamente.

Un botón rojo acababa de marcarse entre sus cejas. Su cara de asombro fue de las que no se olvidan nunca, por muchos años que pasen.

Pero también estaba asombrado Bart Kennedy.

No comprendía cómo aquel tipo pudo llegar hasta él con tanto silencio. Ni comprendía quién pudo salvarle empujándole por detrás.

Y al alzar la cabeza lo comprendió, aunque no por eso su asombro fue más pequeño. Nora Wingate había bajado aquellas escaleras que conocía tan bien, y sin causar ningún ruido a causa de lo bien alfombradas que estaban. Pero ella no sabía, porque no podía verlo, que un hombre estaba detenido en los peldaños. Al chocar con él lo hizo rodar escaleras abajo, salvando así la vida a Bart Kennedy, pero la hermosa muchacha no se dio cuenta de lo que había hecho.

Bart susurró:

—¡Quieta! ¡Pégate a la pared! ¡Pronto!

Nora reconoció su voz.

—Pero… ¿qué ocurre?

—¡Va a haber plomo para todos! ¡Y procura que no lo haya también para ti!

En efecto, el disparo del federal y la imprecación del muerto habían puesto en conmoción a toda la casa. No sólo Los Caballeros del Círculo de Oro acababan de oír aquello, sino también los pistoleros que estaban encargados de su defensa.

Y eso era grave.

Bart Kennedy había contado con la sorpresa como su principal carta, pero ahora la sorpresa le acababa de fallar. Es taba metido en una ratonera.

Se oyeron pasos que llegaban a lo largo del pasillo.

Bart Kennedy obró con una extraordinaria frialdad, con la calma de un auténtico profesional. Tomó del suelo el revólver del tipo que había estado a punto de matarle y se lo remetió entre la camisa y el pantalón. Así contaba con una reserva de balas que le iba a ser muy

necesaria. Entrecerró los ojos y apuntó.

Un pistolero doblaba en aquel momento el recodo del pasillo.

Llevaba una escopeta de dos cañones cargada con postas. Una verdadera pieza de artillería.

Pero el federal no le dejó tiempo para usarla. Estaba apuntando ya, de modo que sólo tuvo que mover un dedo. La cabeza de su enemigo pareció abrirse en dos.

Nora Wingate se había pegado a la pared, sin moverse de la escalera.

Su boca dibujaba una mueca de desesperación, una mueca patética.

Bart Kennedy dio un salto y avanzó hacia la sala donde suponía que estaban reunidos Los Caballeros del Círculo de Oro. Pero deliraba si pensaba que le iba a ser fácil llegar hasta allí.

Dos hombres más estaban junto a aquella puerta.

No sabían bien lo que ocurría, puesto que no se habían movido de allí, pero al ver aparecer a Bart Kennedy comprendieron muy bien de qué se trataba. Los dos alzaron sus rifles al mismo tiempo.

Bart Kennedy tuvo apenas el tiempo justo para girar como una peonza y ocultarse tras el ángulo de la pared en el momento justo en que éste era materialmente devorado por los disparos.

Dentro de la sala de oían gritos.

Los Caballeros del Círculo de Oro eran comerciantes y políticos, no pistoleros. Se sentían muy capaces de hacer volar la cabeza de un prisionero, pero no defender sus cochinas pieles en lucha abierta. Por eso estaban aterrorizados.

Uno de los pistoleros gritó al otro:

—¡Tú, avísales! ¡Tienen que huir!

Bart Kennedy aprovechó aquel levísimo momento de indecisión.

Calculó el instante exacto en que el otro giraría la espalda para entrar en la sala. Y envió una bala desde la esquina, pero casi a ras de tierra, porque se había dejado caer al suelo.

El que iba a entrar en la sala, penetró efectivamente en ella.

¡Vaya si lo hizo!

En realidad, la bala de Bart Kennedy le empujó. El individuo abrió la puerta con el peso de su cuerpo, dio un par de pasos y se desplomó de bruces sobre la enorme mesa de sesiones, tiñéndola de sangre.

Los que estaban reunidos allí le miraron con ojos desencajados.

Eran los amos del Sur.

Eran Los Caballeros del Círculo de Oro.

Con una mueca de horror en sus rostros, contemplaron la sangre que poco a poco iba llenando la mesa. Y todos sintieron en sus huesos el mismo frío espectral, todos sintieron el frío de la muerte.

Wingate farfulló:

—Es ese… ¡es ese perro!

—¿Bart Kennedy está aquí?

—No sé cómo…, ¡pero ha logrado entrar!

Todos desenfundaron sus armas.

Todos llevaban revólveres más aptos para asesinar a sangre fría que para defender cara a cara sus cochinas pieles.

Mientras tanto, el único pistolero que aguardaba la puerta estaba aterrorizado también. No veía a su enemigo, y se hartó de disparar contra el ángulo de la pared, como si disparara contra su propio miedo.

Bart Kennedy fue contando los disparos.

Para él no existían los nervios. El tenía las facciones como labradas en un bloque de hielo. Sabía que podían atacar le por detrás, pero de momento sólo pensaba en aquel enemigo.

En el instante en que el otro acabó sus seis balas, el federal asomó de nuevo por la esquina.

Oyó que su enemigo lanzaba un salvaje alarido.

Estaba intentando entrar también en la sala, y en efecto lo consiguió, pero cuando ya había muerto. Los Caballeros del Círculo de Oro vieron tambalearse y vieron entrar con la cabeza deshecha al segundo hombre que había de protegerles.

Bart Kennedy se dispuso a no perder ni un segundo.

Apareció en el umbral y tiró a mansalva. Según la ley federal, todos aquéllos eran unos condenados a muerte, y por eso no tuvo ninguna compasión. Los vio caer como racimos humanos ante el fuego implacable de su revólver.

Cinco hombres cayeron para siempre en menos de siete segundos. Pero no todos Los Caballeros del Círculo de Oro, porque otros, entre ellos Wingate, huyeron por la puerta del fondo, atropellándose unos a otros mientras lanzaban gritos de horror.

Bart Kennedy soltó los dos revólveres, que había descargado

completamente, y se apoderó del arma de uno de los guardaespaldas que habían quedado tendidos sobre la mesa. Fue en ese momento cuando oyó los pasos de varios hombres que se aproximaban.

Sin duda eran el «comité de recepción».

Con el Colt preparado, les aguardó en la puerta, teniendo una mano sobre la gran mesa de roble.

Era tan gruesa que le serviría de defensa en caso necesario. Y unos segundos después se alegró de haber tomado aquella precaución.

Sus enemigos eran una auténtica manada. Llenaban el pasillo y venían en bloque contra él.

Bart Kennedy disparó su revólver, amartillando y apretando el gatillo con la derecha. No quería separar la izquierda de la mesa porque sabía que allí, en cuestión de segundos, iba a jugarse su vida.

En efecto, cuatro enemigos cayeron, pero los otros iban a entrar en la habitación. Fue ése el momento en que Bart Kennedy tuvo que emplear toda su fuerza hercúlea para alzar la mesa con una mano y enviarla contra la puerta.

Ésta quedó taponada durante unos instantes, los decisivos para que él pudiera saltar hacia la otra puerta.

Era la misma por la que habían huido Los Caballeros del Círculo de Oro.

Cuando los cuatro pistoleros que quedaban vivos pudieron derribar la mesa, Bart Kennedy ya no estaba allí. Y había vuelto a hacerse con el revólver de uno de los muertos porque no tenía tiempo de cargar su arma.

Se encontró en un nuevo pasillo más estrecho y que sin duda llevaba a las zonas de servicio.

Pero otra puerta oscilaba a su derecha, y eso le hizo comprender que los fugitivos habían pasado por allí. Se encontró en un enorme salón lleno de lujosos muebles, de cuyas paredes colgaban cuadros representando a selectas damas y a orgullosos caballeros del Sur.

Una de las butacas estaba volcada.

Bart Kennedy se lanzó hacia allí con la agilidad de un tigre. Sabía que eso podía salvarle la vida, porque sus enemigos le pisaban los talones.

En efecto, cuando quedaba parapetado tras aquel mueble, dos hombres más aparecieron en el umbral. Y los dos se detuvieron desorientados porque no sabían bien dónde estaba el federal.

El plomo se encargó de sacarles de dudas.

Bart Kennedy hizo fuego desde detrás de la butaca y les envió al diablo antes de que pudieran reaccionar. Los dos quedaron cruzados en la puerta.

Luego se lanzó a perseguir a Wingate, que era su principal objetivo. Mientras no acabara con el jefe de la elegante pandilla, no habría conseguido nada.

Atravesó una puerta de cristales.

Y se encontró de pronto en la gran galería de mármol que daba sobre el gran vestíbulo de recepción, donde se celebraban a veces las más elegantes fiestas. Allí, detenida en las escaleras con expresión de no haber entendido nada, estaba Nora Wingate.

En el primer momento, el federal no entendió cómo la muchacha podía haber llegado allí. Pero lo evidente era que Nora conocía la casa muchísimo mejor que él, y debía haber una comunicación entre las escaleras donde la dejó y éstas en que se encontraba ahora.

Wingate y sus hombres estaban abajo.

Trataron de huir, pero Bart Kennedy les roció con plomo. Tres hombres quedaron tendidos ante la puerta. Wingate chilló como una rata asustada mientras subía las escaleras.

La velocidad de sus movimientos era meteórica.

Y en el primer momento el federal no se atrevió ni a disparar porque no entendía qué era lo que el otro intentaba hacer. ¿Rendirse? ¿O saltar sobre él para luchar cuerpo a cuerpo?

Absurdo.

Wingate era una rata de alcantarilla. Wingate era de esos tipos que no luchan cuerpo a cuerpo con nadie.

Pronto comprendió lo que aquel sucio cobarde estaba tratando de hacer.

¡Se protegía detrás de una ciega!

¡Detrás de su propia hija!

¡Le estaba clavando el cañón del revólver en una mejilla!

No se atrevía a moverse porque no sabía lo que ocurría.

Y la voz de su padre sonó junto a ella como una salmodia

miserable.

—Suelta el revólver, maldito Bart Kennedy —dijo Wingate—. Ríndete o le volaré la cabeza delante tuyo.

Bart Kennedy sintió que le temblaban los labios.

Y por un momento se vio perdido, más perdido que si hubiera una docena de pistoleros apuntándole.

¡Aquel miserable era capaz de todo!

La voz del millonario chirrió en sus oídos de nuevo:

—¡Ríndete o la mato!

—Por mí puedes matarla —dijo el joven, fingiendo una serenidad que estaba muy lejos de sentir—. ¿Crees que me importa?

—¡Yo sé que te importa! ¡Hay cosas que no escapan a un hombre como yo! ¡Yo sé que te importa porque estás enamorado de ella, sucio federal! ¡Pero voy a obsequiarte con su sangre si no sueltas el revólver!

Nora Wingate se estremeció.

Una muda, una silenciosa sombra de horror pasó por su rostro.

Bruscamente se dio cuenta del abismo que era su vida, de la mentira innoble en que, sin saberlo, había pasado toda su existencia.

Su voz fue apenas un susurro cuando dijo:

—Papá…, ¿serías capaz?

—¡Claro que seré capaz! ¡Y voy a hacerlo si ese hombre no se rinde! ¡Tengo en la vida cosas bastante más importantes que tú, muñeca!

La muchacha hundió la cabeza.

Hubo en todo su cuerpo una infinita, una inmensa postración.

Como si de repente ya nada le importase.

—No te rindas, Bart —bisbiseó—. No te rindas y deja que me mate de una vez. Al fin y al cabo, después de lo que acabo de oír, ya no vale la pena…

Bart Kennedy sentía una espesa bola en la garganta.

Comprendió que iba a jugarse la vida con aquello. Comprendió que era hombre muerto si aceptaba.

Pero aun así sus dedos se abrieron.

Soltó el revólver, que cayó pesadamente sobre el mármol de las escaleras.

Sonó un seco ruido.

Bart Kennedy supo lo que era.

Era como la caída de la lápida de su propia tumba.

Los ojos de Wingate adquirieron un brillo febril, un brillo de serpiente que se dispone a atacar.

Y apartó el revólver de la cara de su hija para apuntar a Bart Kennedy.

Éste susurró:

—Es cierto que estoy enamorado de ella, sucio vampiro. Es cierto que la quiero desde el momento en que la vi, por mucho que yo haya intentado luchar contra ese sentimiento. Dispare, pero no le haga ningún daño a ella… ¡No le haga ningún daño!

Sonó la risita helada de Wingate mientras iba a cerrar el dedo sobre el gatillo.

Y en ese momento sus facciones sufrieron una crispación, una especie de brutal sacudida interior. Bart Kennedy no oyó el disparo hasta que vio la sangre brotar por la boca del millonario. Fue una bala, otra, otra, otra… Wingate lanzó una especie de ronquido, soltó el revólver y, bañado en su propia sangre, rodó por las escaleras hasta quedar quieto a los pies de la mujer que acababa de matarle.

Pasó por encima de él sin mirarle.

En sus facciones había una infinita serenidad, un infinito y a la vez doloroso descanso.

Llegó junto a la atónita Nora y le acarició los cabellos dulcemente. Se los acarició con un cariño inacabable, con una inmensa ternura.

Nora Wingate alzó poco a poco las manos.

Lo hizo también con inmensa ternura, casi con devoción, como si fuera a cumplir con un rito religioso.

Y sus dedos acariciaron aquellas facciones.

Las reconocieron como reconocen los ciegos: tocándolas.

Aquel contacto era una caricia, era una gratitud que no necesitaba palabras.

—Ésta es la mujer que me salvó la vida una vez, la que me ha cuidado en mis enfermedades, la que me ha dado el cariño que no me pudo dar mi madre —dijo Nora—. La que ahora me ha salvado también… Ésta es la mujer *blanca* a la que se lo debo todo…

Bart Kennedy parpadeó.

Otra vez aquella bola espesa llenaba su boca.

Porque Nora Wingate no podía verla.

Porque ella no había podido darse cuenta.

Pero ante ella tenía a una muchacha negra.

La esclava que fue liberada por Bora.

La que se dejaba tratar por Wingate como una pobre zorra.

¡Todo para estar junto a Nora!

¡Para que no la echasen de allí!

¡Para proteger a la muchacha!

Bart Kennedy sintió que algo quemaba en el fondo de sus ojos.

Pensó en el negro Bora.

Pensó en mil cosas que nadie hubiera sido capaz de explicar. Y sobre las que él no hubiera podido decir una palabra.

Pero que le quemaban en el fondo del alma.

Trató de sonreír mientras miraba a la negra.

—Ahora nadie te echará de aquí, muchacha —susurró—, nadie te separará de Nora Wingate. No tendrás que sufrir más humillaciones ni vivir más horrores con tal de protegerla. Puedes volver junto a Bora y darle lo que él siempre soñó. En cuanto a Nora Wingate…, estoy seguro de que algún día podrá verte. Estoy seguro de que algún día comprenderá.

Y avanzó también él unos pasos.

Acarició también él las facciones de Nora.

Sabía que empezaba una época difícil, sabía que el país pasaría por años de terrible crisis, pero a él la felicidad que se había ganado ya nadie podría quitársela.

Paseó su mirada por la casa. Posó sus ojos en el cadáver retorcido de Wingate.

Y lo único que dijo fue:

—Paz para los muertos…

FIN

Reviva **AHORA** de nuevo,
la emoción de todos y cada
uno de los mejores relatos de

Keith LUGER

adquiriendo cada semana
un título de la

COLECCION



¡Asegure su ejamplar!

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

PRECIO EN ESPAÑA
40 PTAS.

Impreso en España

Notas

[1] Se refiere al caso del capitán Gordon, que mandaba un barco de cuatrocientas sesenta y seis toneladas construido en Warren (Rhode Island), y que en 1860 cargó un lote de 890 esclavos, de ellos 106 mujeres y 612 niños, en una playa de la desembocadura del río Congo. El sumario afirma que «los metió en un barco en condiciones de sumo hacinamiento e inmediatamente zarpó para Cuba». A cincuenta millas de la costa africana fue interceptado por la corbeta a vapor *Mohican*. Los esclavos fueron desembarcados en Liberia y el capitán Gordon conducido a Nueva York para ser juzgado.

Al principio el caso suscitó escaso interés. Parecía similar a otros juicios que terminaron con la libertad bajo fianza del capitán o que se habían eternizado pasando de tribunal en tribunal durante años, hasta ser sobreseídos. Poco importaba que la trata de esclavos fuera considerada como piratería según la ley de 1820. El presidente Buchanan y su secretario de Marina, Isaac Toucey, se habían esforzado realmente en suprimir el tráfico de negros, a diferencia de sus predecesores, y el resultado aparece en el número récord de barcos esclavistas capturados a partir de 1858. Sin embargo, ni uno solo de los capitanes negreros había sido sentenciado como pirata. Pero ahora había cambiado algo. Ya se estaba fraguando la guerra civil, y el nuevo procurador del distrito consideró que Gordon debía morir para servir de ejemplo a los demás. Después de dos procesos. Gordon, que no era realmente mejor ni peor que otros centenares de capitanes dedicados al innoble tráfico de negros, fue sentenciado a morir en la horca. Ya en capilla, trató de suicidarse, pero fue salvado y obligado a subir al patíbulo. (*N. del A.*)<<.

[2] Inglaterra fue el primer país en declarar ilegal la esclavitud, gracias a los meritorios y a veces desesperados esfuerzos de dos hombres llamados Clarkson y Wilberforce. La ley declarando ilegal la trata entró en vigor el 1 de mayo de 1807, mientras que en los Estados Unidos la prohibición fue anterior: el tráfico de negros se declaró ilegal en virtud de una ley del presidente Jefferson de 2 de mayo de 1807. Pero así como los ingleses la hicieron cumplir con bastante rigidez, la ley norteamericana no fue nunca aplicada y constituyó una de las causas de la guerra civil.

Los ingleses pidieron a las demás naciones europeas el derecho de registrar sus buques por si transportaban esclavos, a lo que la mayor parte de ellas accedieron. Unas por temor a la flota británica, y otras porque realmente no trataban con esclavos, como por ejemplo España, aunque hubo tripulantes españoles, como de todos los países del mundo, en los barcos negreros. Pero este derecho de inspección de los ingleses era limitado, de tal modo que no podían imponer ninguna sanción a un buque si no llevaba esclavos a bordo «en aquel momento», aunque se tuviera la seguridad de que los había llevado poco antes.

Desde entonces empieza la abominable práctica de algunos capitanes negreros de, en caso de peligro, encadenar a los esclavos al ancla y hundirlos a todos en las profundidades del océano. < <

[3] Esta era la zona comúnmente recorrida por los barcos de esclavos. Normalmente éstos eran comprados a los reyezuelos locales en la ancha franja atlántica africana que va desde Dakar —cuya isla de Goree constituía un almacén de esclavos de primer orden— hasta la desembocadura del rió Congo, en la actual República del mismo nombre. Los esclavos que lograban sobrevivir eran vendidos en diversos puntos de América. (*N. del A.*). <<

[4] Puesto que los capitanes negreros sentían con demasiada frecuencia la diabólica tentación de que hemos hablado antes, deshaciéndose de su carga antes de ser abordados, los legisladores terminaron imponiendo la llamada «cláusula de equipo». En virtud de la misma, un buque podía ser considerado negrero aunque no llevase ni un esclavo a bordo, siempre que se encontrasen en él grilletes, cadenas, látigos u otros instrumentos de opresión y de castigo. Incluso bastaba a veces con que un buque llevase más agua o comida de la necesaria para que el tribunal determinase que iba a cargar esclavos, y en consecuencia se ordenara su confiscación.

Los tribunales estaban situados por lo general en Sierra Leona, que era un territorio libre para establecer en él a los esclavos salvados e impedir que los reyezuelos de la costa volvieran a capturarlos y venderlos de nuevo.

Las penas impuestas no solían ser demasiado severas. Se confiscaba el barco y la carga, con lo que los dueños del buque quedaban teóricamente arruinados. Pero los beneficios que dejaba una sola expedición afortunada eran tantos que cubrían los de dos o tres navíos apresados. Por eso nunca faltaron expediciones negreras, a pesar de todas las prohibiciones, hasta que en los Estados del Sur primero y en el Brasil después se impidió la compra de esclavos.

En cuanto a las tripulaciones —las cuales eran tratadas por los capitanes negreros tan mal como los propios esclavos— solían ser condenadas a pequeñas penas de cárcel. Pero muchas veces los navíos ingleses las depositaban en las playas abandonadas de la costa africana, donde morían de hambre y de sed o eran sacrificadas por las tribus nativas.

La «cláusula de equipo» llegó a aplicarse también por el olor de un barco, aunque no llevase cadenas ni grilletes. El hedor de las bodegas donde tantos cuerpos humanos habían hecho una travesía espantosa, en condiciones de terrible hacinamiento, se conservaba para siempre. Hay que tener en cuenta que en algunos viajes, los muertos tardaban varios días en ser retirados. Por mucho que se las ingeniasen los capitanes negreros, el olor les delataba a distancia. Debido a ello, los últimos barcos de esclavos hacían una sola

travesía y eran cada vez más pequeños y más rápidos. Una vez desembarcada la «mercancía» eran quemados en cualquier enseñada, y su importe se cargaba a la cuenta de «pérdidas», que el valor en venta de los esclavos compensaba ampliamente. (*N. del A.*).

<<

[5] Recuérdese que entonces nadie soñaba aún en el Canal de Suez y que los buques que se dirigían al océano Indico tenían que hacerlo bordeando toda África, pero a vela. Y los vientos soplaban al revés, es decir, de oriente a occidente, durante casi seis meses al año. (*N. del A.*). < <

[6] Este dramático y abominable episodio no es producto de la fantasía, sino que Mannix y Cowell lo mencionan como rigurosamente histórico en su importante libro: *A History of the Atlantic Slave Trade. (N. del A.)*. <<

[7] Precisamente ésa fue una de las causas que motivaron la guerra civil entre el Norte y el Sur. En la época de esta historia, dicha guerra era ya inminente, y en algunos aspectos puede decirse que ya existía sin estar declarada. < <

[8] El personaje de Edward A. Pollard es histórico. Y las doctrinas que expone en este relato son las que realmente expuso cuando vivió. Muchas personalidades y muchos políticos de los Estados del Sur todavía las profesan hoy. (*N. del A.*). <<

[9] En efecto, desde la invención de la máquina desmotadora, el algodón fue el primer cultivo mundial y también la primera base para el poderío económico de los Estados Unidos. Le seguía el azúcar, que en el siglo pasado era más apreciado aun que ahora y sólo podía obtenerse de la caña, ya que el azúcar de remolacha todavía no se fabricaba a escala industrial. (*N. del A.*). < <

[10] Este hecho también es histórico y constituye un gravísimo precedente de las campañas norteamericanas para adueñarse de Cuba, que culminaron en la guerra de 1898. <<

[11] En efecto, el aventurero yanqui William Walker invadió Nicaragua y fue su presidente durante un breve tiempo. (*N. del A.*). <<